ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO.

Dedicatoria 5
Capítulo I. — Los tres amigos 7
Capítulo II. — Dos ángeles 15
Capítulo III. — Anónimos 25
Capítulo IV. — La Rosa de Mayo. 33
Capítulo V. — La cancion 40
Capítulo VI. — Los dos rivales. 48
Capítulo VII. — La recepcion 53
Capítulo VIII. — Los dos esposos. 62
Capítulo IX. — Honorata. 73
Capítulo X. — Desesperacion y alegría 78
Capítulo XI. — Descubrimiento 85
Capítulo XII. — Historia de Rosa y Flor del Espino 92
Capítulo XIII. — Conferencia 99
Capítulo XIV. — La poetisa. 107
Capítulo XV. — Revelaciones 114
Capítulo XVI. — Continúa el anterior 120

Capítulo XVII. — El conde de Cinkar 127
Capítulo XVIII. — La celada 133
Capítulo XIX. — Doña Tecla 139
Capítulo XX. — La visita 145
Capítulo XXI. — Dolor profundo 152
Capítulo XXII. — La cita 158
Capítulo XXIII. — La Colasa 167
Capítulo XXIV. — Edelmira 175
Capítulo XXV. — Paseo matutino. 183
Capítulo XXVI. — Tres víctimas. 190
Capítulo XXVII. — Astucia. 197
Capítulo XXVIII. — El pintor. 202
Capítulo XXIX. — Leticia 209
Capítulo XXX. — Presentimientos 217
Capítulo XXXI. — Proyectos y fuga. 226
Capítulo XXXII. — El calabozo 235
Capítulo XXXIII. — El baron y la baronesa . . 243
Capítulo XXXIV. — Nuevos cómplices 251
Capítulo XXXV. — Sospechas. 258
Capítulo XXXVI. — Hijo y madre 267
Capítulo XXXVII. — Dos pasiones 276

Vannes.— Imprenta de Gustavo De Lamarzelle.

LA MARQUESA DE PINÁRES.

LA

MARQUESA DE PINÁRES

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA

DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

NUEVA EDICION

TOMO SEGUNDO

PARIS
LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS
Calle des Saints-Pères, nº 6.
1868

LA

MARQUESA DE PINÁRES

CAPÍTULO PRIMERO.

EL AGENTE DE LA SOMBRA.

—

La marquesa encontró á Honorata agitada de las mas horribles convulsiones; con el semblante desencajado, la vista extraviada y brotando de sus labios una espuma sanguinolenta.

Hallábase rodeada de sus camareras y tendida junto al lecho sobre la alfombra de su dormitorio.

En sus crispadas manos oprimia un papel; la marquesa lo advirtió inmediatamente, y haciendo un gran esfuerzo pudo arrancárselo, comprendiendo desde luego seria una carta cuyo contenido, con los dolores que ya martirizaban el alma de la pobre jóven, habria sido causa de su accidente.

—¡El médico! el médico! gritó la marquesa, y ayudadme á ponerla sobre el lecho, se va á lastimar.

Rafael, que presenciaba la dolorosa escena desde

el gabinete, viendo inútiles los esfuerzos de las doncellas para sujetar á Honorata y colocarla en la cama, acudió á prestar su ayuda, con la cual consiguieron su deseo.

Á poco entró el médico precedido de la afligida Aurora, que habia corrido en busca suya con la mas desespererada celeridad.

—¡Se muere! doctor, se muere! murmuró la marquesa sin apartar los ojos de la enferma.

—¡Oh Dios mio! Dios mio! decia Rafael, ¡tomad mi vida en cambio de la suya!...

Pálido como un cadáver, fué á arrodillarse á un extremo de la alcoba desde donde sin ser visto podia observar todos los movimientos de su amada.

— No hay que desesperar, dijo el doctor haciendo uso inmediatamente de los medicamentos que al efecto llevaba preparados segun los síntomas del mal que le habia referido la doncella.

No tardaron mucho tiempo en calmarse las convulsiones, pero quedó sin sentido largo rato.

La marquesa, ansiosa por averiguar el veneno que encerraba la carta que habia arrancado á la jóven, se retiró un poco, aprovechando el instante en que el doctor observaba el efecto de un medicamento que acababa de propinarla.

Á la trémula luz de un globo de cristal, cuyos pálidos reflejos iluminaban la alcoba, pudo leer las siguientes frases :

« Señorita : despues de la escena de esta mañana y de vuestro brusco rompimiento con Rafael, léjos de

mostrarse arrepentido y mucho ménos de sentir el inmenso dolor de vuestro corazon, se ha marchado alegre y satisfecho á casa Flor del Espino, y ha pasado en su compañía toda la tarde y hasta las diez de la noche, sin acordarse de sus deberes y jurándola un amor eterno, con la firme promesa de ser su esposo.

» Vuestra amiga.

LA SOMBRA. »

La marquesa alzó los ojos al cielo con amargura, como pidiendo á Dios el castigo de aquella mano aleve que se complacia en sembrar el luto y la desesperacion en el alma inocente de la cándida y hermosa jóven.

Rafael, que no habia perdido ni un movimento de su madre, se acercó á ella y alargando la mano como pidiéndola el papel, exclamó con un tono de voz tristísimo:

— ¿Me permitis, madre mia?

— Sí, toma, y encárgate de averiguar quién es esa sombra, que se ha propuesto alterar nuestra tranquilidad.

Le dió la carta, y volviendo al lado de la enferma, la encontró con los ojos abiertos y la mirada brillante y febril.

— ¡Hija mia! exclamó la noble señora apoderándose de una mano que colgaba á un lado del lecho.

Honorata la retiró bruscamente, y haciendo un esfuerzo por levantarse, gritó como una loca:

— ¡Déjame! vision horrenda! sombra maldita!... déjame! ¡déjame, huye de mi vista; te has llevado mi felicidad y solo me queda la tumba!...

— ¡Dios mio! murmuró aterrada la marquesa.

Rogelio, que acababa de llegar de la calle, supo lo que ocurria y se presentó en el gabinete de Honorata; al propio tiempo una de las doncellas pedia permiso á la marquesa para retirarse, pretextando una indisposicion ocasionada sin duda por la fuerte emocion que habia sufrido al ver á la condesa en tan lamentable estado.

El permiso le fué concedido, y al salir se encontró con Rogelio á cuya investigadora mirada no se escapó la fisonomía de la jóven camarera.

—¡Esa mujer es culpable de algun crímen! dijo á su esposa. Manda que vigilen sus pasos, porque en la alteracion de sus facciones se advierte la augustiosa zozobra de quien no tiene su conciencia tranquila.

En seguida se aproximó á informarse con la mas tierna solicitud del estado de su pupila.

La marquesa, acercándose al lado de la alcoba donde Rafael se habia retirado, le dijo en voz baja:

— La doncella que acaba de salir de aquí es Atocha, síguela, que acaso descubramos en ella al agente secreto de la infame sombra que nos persigue tan tenaz como cruelmente.

Rafael salió sin que le viera su padre por la puerta de la pieza de tocador que comunicaba con las habitaciones interiores. En el mismo instante las cruzaba Atocha, la que, deslizándose á lo largo del corredor, dejó á un lado los cuartos de la servidumbre y fué á bajar al jardin por la escalera de la galería.

La noche estaba oscura y silenciosa, muy á propó-

sito para citas nocturnas, lo cual no dejó de agradar á Rafael que, merced á la oscuridad, pudo sin ser visto seguir á la doncella por una calle de rosales que le condujo á una puerta secreta. La abrió con trémula mano despues de preguntar :

— ¿Eres tú? Á lo que una voz gruesa contestó desde fuera :

— Abre, Atocha, soy yo.

Un embozado penetró en el jardin, y deslizándose á lo largo de la tapia seguido de Atocha, fueron á sentarse en un banco de piedra.

— ¿Me esperabas? preguntó.

— Sí : hace rato oí la señal estando en el cuarto de la condesita, y tuve que pedir permiso para retirarme, pretextando una indisposicion.

— ¿Y qué efecto ha surtido la carta de esta tarde?

— Espantoso. Ya desde esta mañana cuando volvió del Retiro estaba desazonada y sumamente pálida; pero esta noche al ir á acostarse, vió la carta, la leyó y se conoce no pudo dominarse, porque dió un grito agudísimo y cayó en tierra agitada de unas convulsiones que han puesto en peligro su vida.

— Lo que conviene es que termine pronto; el dia de su muerte es el de nuestra fortuna.

— ¡Qué lástima de señorita! Te confieso, Ataulfo, que desempeño con muchísima repugnancia el papel que me has encargado.

— Si no quieres, lo dejas; pero en ese caso debes renunciar á mi amor.

— ¡Eso nunca! por ti soy capaz de los mayores sacrificios.

Nuestros lectores habrán reconocido en el embozado al agente de Flora, el infame bandido cuya sed de oro era insaciable y se habia propuesto enriquecerse aunque para ello tuviera que cometer cien crímenes.

Rafael los escuchaba detras de unos árboles, y por casualidad se colocó en una posicion que le era imposible abandonar sin ser descubierto por ellos. Ahogado por el coraje, sentia subirle al rostro el calor de la indignacion; su rabia no tenia límites al considerar que en aquel momento no le era dado aprisionar al bandido y á su cómplice.

Estaba indefenso, sin armas, y tan léjos de sus habitaciones que no hubieran sentido el mas pequeño grito. No tuvo mas remedio que callar y seguir escuchando.

— Ya sabes, mi adorada Atocha, prosiguió el bandido, que mi único objeto al prestar este servicio tan poco agradable, pero que produce mucho, es formar un capitalito, casarnos y vivir en paz. Mi oficio está tan malo, que apénas gano para sostenerme, y la necesidad, al mismo tiempo que el deseo de hacer á mi amada rica y feliz, me ha hecho adoptar este papel.

— Pero nunca me dices á quién sirves; ¿no tienes confianza en mí?

— Muchísima; mas no te lo puedo decir porque yo mismo lo ignoro; y ademas, he prestado juramento de no hacer indagaciones para descubrirlo.

— Es muy raro. Parece imposible que una señorita tan jóven, tan buena y tan angelical, haya podido

inspirar á su perseguidor un odio tan profundo como encarnizado.

— ¡Quién sabe, será cuestion de amores! Alguno que no pudiendo conseguir su mano, porque esta señora solo ama á su prometido, ha jurado vengarse en ella, en él y en toda su familia.

— ¡Pobrecillos, y son tan buenos!...

— Y qué hemos de hacer? cada uno seguirá en el mundo la suerte que le marque su destino; sigamos nosotros la nuestra.

Ataulfo se levantó al decir esto.

— ¿Te vas?

— Sí, tengo prisa; solo queria verte por saber si la condesa habia leido la carta y por entregarte esta otra para que la pongas en el cuarto del marqués.

— Ya puse esta tarde en el escritorio de la marquesa las que me diste; por casualidad estaba abierto; y las puse con otros papeles en un cajoncito.

— Bien, déjalas allí, ellas cantarán.

— ¿Y cuándo nos veremos?

— Mañana á estas horas volveré.

— Adios, pues, no me olvides; ¡considera á cuantos peligros me expongo por tu amor!...

— ¡Si tú vales un imperio!...

La voz de los dos amantes se fué perdiendo entre las ramas del jardin; Rafael echó á correr en direccion al palacio, por esconderse en las galerias ántes que Atocha llegase.

Efectivamente, apareció la jóven poco despues, mirando con recelo á los lados, por si la habian des-

cubierto. Luego fué hacia el dormitorio del marqués. Como todos estaban en las habitaciones de Honorata pudo, sin ser vista, dejar la carta, volviendo á salir como una sombra y huyendo con la rapidez del relámpago á esconderse en su cuarto.

Rafael la dejó marchar, aplazando su venganza para la noche siguiente cuando volviese Ataulfo á la cita.

Se adelantó resueltamente, y cogiendo la carta que Atocha acababa de dejar, se acercó á una lámpara y leyó que lo sigue :

« Señor marqués : un sentimiento de compasion me mueve á daros un aviso provechoso. Estáis haciendo en la sociedad un papel muy ridículo ; pues acaso únicamente vos ignoráis la liviandad de vuestra esposa. ¡ Tiene un amante, y encontraréis pruebas de ello en su escritorio, porque las epístolas amorosas abundan mucho en sus criminales relaciones!...»

— ¡ Infames ! murmuró Rafael guardándose la carta ; pretenden calumniarla en el ánimo de su esposo; ¡ á ella, la mas pura ! ¡ la mas santa de las mujeres !...

¡ Oh ! yo descubriré quién es el enemigo tan vil y tan miserable que nos persigue sin descanso valiéndose de unos medios tan bajos y tan indignos.

Mañana caerán en mi poder tus cómplices ; ¡ y ay de ti si llego á verte cara á cara !...

Temeroso el noble jóven de que su padre le sorprendiera en su aposento, se retiró al suyo, acostándose en seguida, no para dormir, sino para dar algun descanso á su agitacion contínua.

Cien veces hizo ir á su ayuda de cámara á informarse del estado de la condesa y siempre volvia repitiendo :

— ¡Sigue mal, muy mal!

CAPÍTULO II.

HISTORIA DE LÁGRIMAS.

—

Vamos á penetrar, lectores mios, en el sombrío y oscuro calabozo donde se hallaban encerrados el conde de Cinkar, su criado y la infeliz y acongojada doña Tecla.

Aunque el conde tenia puesto su magnífico reloj guarnecido de brillantes, les era completamente inútil, pues la profunda oscuridad que los rodeaba, no les permitió ver la hora ni medir el tiempo que llevaban sepultados en aquella espantosa caverna.

Pero nosotros que no lo ignoramos, haremos presente á nuestros caros lectores y sobre todo á las simpáticas lectoras, que serán las mas interesadas en esta aventura, que permanecieron aquellos infelices cuatro dias sin esperanza de salvacion.

El primero los consoló la idea de que acaso la princesa, si no por lástima, por el temor de los remordi-

mientos que agitarian su conciencia, les arrojaria algun pedazo de pan y un poco de agua con que soportar ménos mal su penoso cautiverio.

— Yo tal creo, dijo el conde apoyando el anterior pensamiento que se le habia ocurrido á Ruderico.

— No lo creáis, exclamó llorando la jorobada. Esa mujer tiene entrañas de tigre y no se compadece de nadie.

Al arrojarnos aquí tendrá un motivo poderoso para odiarnos y nos dejará perecer.

— ¡No puede llegar á ese extremo la crueldad humana!

— Si la hubierais oido como yo hablar con un bandido y darle con la mayor sangre fria la órden de muerte contra dos personas inocentes, temblariais por vuestra suerte como yo temblé por la de los infelices.

— ¿Y quiénes eran? preguntó con ansiedad el conde.

— El marqués de Pináres y su hijo. ¿Los conocéis?

— No; pero tengo entendido que es una familia tan noble como ilustre y generosa.

— Pues con toda su bondad, no se libran de las persecuciones de esa hiena que ha jurado exterminarlos.

— ¡Ah! contadnos, contadnos todo lo que sepáis de ella, y cómo habéis llegado á ser el instrumento de sus maldades.

— Escuchad por qué serie de desventuras he venido á desempeñar un papel que me hace parecer á

vuestros ojos una criatura indigna y miserable, pero que solo es digna de lástima.

—Á ninguna criatura humana, siempre que el arrepentimiento de sus maldades sea sincero, puedo mirar con desprecio, dijo el conde; todos, hasta el criminal mas endurecido, son dignos de compasion, por sus lamentables extravios ó por las desgracias que les hayan conducido á ellos.

— ¡Ah! señor, sois muy bueno; y confiada en vuestra generosa indulgencia, expondré uno por uno sin disfrazarlos siquiera todos los hechos de mi vida, hasta los que tienen relacion con vuestro hijo.

— ¡Ah! sí, pero sed breve y no me hagáis desesperar con dilaciones inútiles.

— Haré lo posible por complaceros. Nací en Cádiz, perdí á mi madre en la niñez, y mi padre, que era un empleado subalterno, se esforzó en darme una educacion adecuada á sus cortos intereses. La fatalidad empezó á estrellarse sobre mi cabeza casi desde mi nacimiento; pues tuve la mala suerte de recibir como un funesto don una figura deforme, un rostro feísimo y una constitucion raquítica y enfermiza, por lo cual nunca pude dedicarme á ninguna clase de trabajo. Llegó una época en que mi padre quedó cesante, faltándonos, con su escaso sueldo, hasta el necesario sustento. En esta cruel situacion, pensó venirse á Madrid, donde poniendo en juego la influencia de algunos amigos de su juventud, conseguiria acaso le rehabilitasen en su destino.

Hízolo así efectivamente; empeñando algunas

prendas, pudimos reunir los fondos necesarios para el viaje, y se vino lleno de esperanzas que bien pronto se convirtieron en amargos desengaños.

Ninguno de los amigos en quien confiaba le hizo caso, negándose á recibirle, siempre que se presentó á ellos, sin embargo de que algunos le debian inmensos favores. Sus esfuerzos, durante tres años que permaneció aquí, fueron inútiles. No consiguió le devolviesen su empleo ú otro equivalente, y lo que es peor, agotados sus recursos no pudo volverse á mi lado. Apénas pudo con el trabajo de sus manos proporcionarse un pedazo de pan.

En tanto yo apuré en Cádiz hasta las heces el cáliz de la amargura. Pobre, fea, jorobada y enferma, en términos de no poder dedicarme á ninguna ocupacion, me vi á veces en la necesidad de acudir á las casas de los que habian sido nuestros amigos, en demanda de un socorro, lo que no siempre conseguia. En cambio, el ridículo, el desprecio y el sarcasmo de mis paisanos, estaba pronto á lanzarse sobre mí, mortificándome de una manera horrible, las burlas y picantes chanzonetas de que era objeto siempre que salia á la calle. En este triste estado, determiné dejarme morir de hambre ántes que aparecer otra vez donde me hicieran sufrir tan crueles insultos. ¡El cielo no lo quiso!

No se por dónde supo nuestra habitacion un antiguo conocido de mi padre, y vino á casa buscándole. Cuando le conté la historia de nuestras desventuras se compadeció y me dijo :

— Yo puedo aliviar vuestra suerte. Tengo encargo de buscar una persona de confianza que se quede al cuidado de un niño de dos años, hasta que su madre venga á buscarle, y nadie mejor que vos puede desempeñar esta comision.

— ¿Cómo se llamaba? preguntó Ruderico interrumpiendo á la jorobada.

— Zacarías Mariani; era Italiano. Mi padre le conoció en un viaje que tuvo que hacer á Nápoles.

— ¡Tu padre! exclamó el conde.

— ¡Sí, mi querido padre! dijo el jóven, ay! ¡si supiera nuestra suerte, cómo volaria al socorro de su amo y de su amado hijo aunque tuviera que hacer mil sacrificios!

— Ignoraba los lazos que os unian al bondadoso Mariani, continuó diciendo la jorobada; y esto es un motivo mas para que yo os aprecie, porque á él debo lo poco que he disfrutado de bienestar y dichosa tranquilidad en este mundo.

A los dos dias me llevó el niño, y fué acompañado de vos, á quien yo entónces conocí con el nombre de Giacomo Albertini.

— Ese es mi verdadero nombre: el título de conde con que hoy me conocen, lo heredé poco despues; pero continuad, dijo el conde deseando oir el final de aquella historia de lágrimas.

Doña Tecla, dando un profundo suspiro, prosiguió de este modo su relato:

— Os embarcasteis ambos para la Habana; y yo recibí órden de presentar todos los dias últimos de

cada mes el niño en casa de un rico comerciante, el cual pondria en sus manos la suma destinada para sus alimentos, y que bastaba, no solo para los dos con mucha holgura, sino para mandar alguna cosa á mi padre, que hubiera muerto sin duda mucho ántes á no ser por este socorro.

Dos años tuve á mi lado el hermoso niño, que cual un ángel de paz me reconcilió con la vida, y fué durante este tiempo mi salvacion y mi alegría.

— ¡Hijo de mi alma! murmuró el conde sin poder contener su emocion.

Doña Tecla habiendo un esfuerzo continuó:

— Recibí una carta de Madrid en la que me participaban que mi padre estaba enfermo de peligro, y que todo su afan y sus incesantes clamores eran por abrazar á su única hija. ¿Cómo resistir al deseo de un padre moribundo? ¿cómo no acudir á su voz? ¡ay! no tuve valor para negarle aquel consuelo. En medio de mi dolor, no se me ocurrió dar parte de mi marcha á los señores encargados de darme la pension ó haberles entregado el niño. Creí volver ántes de terminarse el mes, y en esta confianza le dejé en casa de una señora anciana, vecina mia, que vivia enteramente sola.

Vine á Madrid, encontré á mi padre muy malo, pero aun resistió algun tiempo, y mi deber, mi cariño de hija, me retuvieron á su lado hasta que en mis brazos exhaló el último suspiro.

Muerto mi querido padre, nada me detenia en la corte y volé á Cádiz á seguir cuidando á mi hermoso

Arturo. ¡Mas ah! la suerte se habia cansado de serme propicia.

Ahogada doña Tecla por los sollozos, volvió á detenerse, bien fuera por los recuerdos que en su alma despertaba aquella época de su vida ó por temor de la afliccion que causaria al conde. Este, deseando continuase, la mandó seguir.

— Llegué á mi casa; pregunté por la señora que se quedó con el niño, y me contestaron los vecinos que á los pocos dias de salir yo de Cádiz, fué acometida de un accidente del cual falleció. Nadie sabia de Arturo; por último, á fuerza de investigaciones, pude averiguar que unos dias ántes de morir aquella señora se habia presentado en su casa un sobrino suyo, el que despues de recoger su último suspiro se vino á Madrid trayendo en su compañía al niño con ánimo de entregármele si me encontraba.

— ¿Y no supisteis el nombre de aquel caballero? preguntó el conde con vivísima ansiedad.

— No, señor, pues aunque las vecinas pretendian saberle, cada una decia una cosa y fué imposible averiguar la verdad; solo pude saber que era pintor, por algunos retratos que dejó hechos en el poco tiempo que permaneció en Cádiz.

Me vine otra vez á la corte en busca de aquella hermosa criatura que era mi única salvacion, porque la miseria mas espantosa me amenazaba; y como en la casa de comercio solo en su mano ponian la pension, no presentando el niño, era inútil irá recogerla.

Desde entónces solo la miseria y el dolor han sido

mi alimento. Mis desesperados esfuerzos por encontrar al niño se estrellaron contra la fatalidad. En mi locura creía que cualquiera me daria razon y á todos preguntaba : ¿Habéis visto á Arturo? ¿dónde está Sebastian? ¿dónde ese niño, dónde?...

— ¿Vos le nombrabais Sebastian? preguntó el conde.

— Sí, señor ; como encargasteis que nadie supiera su verdadero nombre, le puse el de mi padre y casi todos le conocian por Sebastian ; hasta él mismo ignoraba que tuviese otro. Doña Tecla prosiguió.

La miseria que empezó á perseguirme de cerca, la desesperacion y los sufrimientos, aniquilaron mis fuerzas en términos que caí postrada por una enfermedad agudísima. Me llevaron al hospital donde pasé dos años; al cabo de este tiempo salí de él.

Empero, como declarase mi falta de recursos y que ni aun hogar tenia donde recogerme, me llevaron á San Bernardino. Este piadoso asilo será muy bueno, muy santo y caritativo ; mas yo solo encontré en él nuevos y amarguísimos tormentos. Como me veian bastante jóven y animosa, pretendieron hacerme trabajar, lo cual no pudieron conseguir porque no supe hacer ninguno de los trabajos á que me dedicaron. Con este motivo y con el de mi deforme figura, empecé á sufrir las burlas y las picantes sátiras de todos los que se albergaban en el establecimiento. Algunos años aguanté con paciencia sus insultos, sus risas ; hasta que llena la medida del sufrimiento, preferí pedir una limosna, ántes que vivir

entre ellos ni un minuto mas. Resuelta á escaparme, lo hice efectivamente el primer dia que se me presentó ocasion favorable.

Era tan amargo el pedazo de pan que allí recibia, que preferí implorar la compasion pública, con lo que tuve ocasiones de arrepentirme mas de cuatro veces.

En fin, para no cansaros, dejaré todos esos pormenores que en nada os interesan : básteos saber que hará año y medio conocí á la princesa por una casualidad. Con ánimo de conmoverla y que me socorriese, la conté todas mis desventuras. Inmediatamente me dió las llaves de la casita de la calle del Sordo, diciéndome que la habitase, que me la cedia por compasion, señalándome ademas una suma enorme para mi sustento.

Asombrada al ver tanta esplendidez, no sabia qué pensar, y poseida de la mas viva gratitud me dediqué en cuerpo y alma á su servicio.

Es verdad que nunca ha exigido de mi otra cosa, que el cuidado de abrir y cerrar la puerta á las personas que venian en secreto á verla; pero al fin he llegado á comprender por unas cosas y otras la maldad de su corazon, sus intrigas, y los infames medios de que se vale, auxiliada por bandidos y malhechores, para perder á las personas que han merecido su odio, acaso tan inocentemente como nosotros.

Aquí llegaba de su conversacion doña Tecla, cuando oyeron á un extremo del sótano un pequeño ruido.

— ¡Ya vienen á socorrernos! dijo el conde animado por una esperanza.

— Va á matarnos ántes que podamos gritar, exclamó Ruderico escuchando con la mas profunda atencion.

CAPÍTULO III.

SALVACION.

Como desde que fueron encerrados en el subterráneo no habian sentido el mas pequeño ruido, les llamó mucho mas la atencion el que se dejó sentir despues de tantas horas de silencio.

Luego, la angustiosa ansiedad en que se hallaban esperando, como un auxilio del cielo, un rayo de luz que iluminase su moribunda esperanza, les hizo crecer el deseo de que el pequeño movimiento que habian creido oir continuase. Empero, fué una cosa momentánea; una especie de trampa de madera se habia corrido en el techo, y sintieron caer en la arena del sótano dos objetos, uno tras otro, dejándose oir á poco una voz que gritó:

— Ahí tenéis pan y agua.

Seria difícil pintar el júbilo que sintieron los infelices, al escuchar aquella voz que les pareció bajada del cielo.

Solo podria comprenderlo el que haya pasado treinta horas sin probar alimento, y abrigado por espacio de otras tantas la idea de que los dejarian morir de hambre.

Los tres se lanzaron á un tiempo á buscar los objetos en el ángulo del aposento donde, á su parecer, debian haber caido.

El conde y Ruderico de rodillas, y la jorobada arrastrándose por el suelo, extendian las manos en todas direcciones, separándose tan pronto, como volviéndose á encontrar.

— ¡Aquí está el agua! gritó Ruderico con alegría, asiendo en la oscuridad un cántaro de metal.

— ¡Y aquí el pan! exclamó el conde levantando en alto el talego que lo contenia, como si sus compañeros lo hubieran podido ver.

— ¡Á verlo! ¡á verlo! repuso con ansiedad la jorobada.

¡Ay! ¡en medio de su júbilo olvidaban que no tenian ni un rayo de luz!...

Sin embargo, reuniéronse los tres en un punto, y con la fraternidad que inspira la mutua desgracia pasaron de mano en mano el sabrosísimo alimento, que aunque no hubiera sido el mejor del mundo á ellos les habria parecido.

Despues de satisfechas el hambre y la sed que los devoraba, aun les quedaron víveres en abundancia. Cuando lo notaron exclamó Ruderico :

— Esa pícara piensa sin duda tenernos á pan y agua mucho tiempo, segun las provisiones que nos arroja.

— Y á oscuras, que es lo peor, dijo el conde, á quien no le agradaban las tinieblas.

— ¡Y acostados en el duro suelo! añadió suspirando doña Tecla, al recordar su mullido lecho.

— ¡Oh! pues esto no puede quedar así, repuso Ruderico con resolucion.

— ¿Qué piensas hacer?

— Dar gritos hasta que me oigan. Ahora que hemos satisfecho nuestra mas imperiosa necesidad y recobrado las fuerzas, vamos á improvisar un duo de lamentaciones, sostenido un rato entre dos miéntras el otro descansa; iremos alternando y se amenizará la funcion con fuertes golpes en las paredes.

Indudablemente debe haber habitaciones contiguas á este sótano, y por fuerza nos han de oir y darán parte á la autoridad.

— Sí, sí, tenéis razon, exclamó con alegría la jorobada. Al lado de este casa hay una tienda de comestibles y sus cuevas deben estar pegadas á esta. Hagamos un ruido infernal, que ya nos oirán.

— Empezad; yo daré golpes en la pared, dijo el jóven.

— ¿Y con qué los darás para que suenen bien? preguntó el conde.

— Con las pistolas que os dejasteis arriba y yo recogí por precaucion.

— Es verdad; mira que están cargadas.

— Tanto mejor: cuando oigamos algun ruido como en promesa de socorro, las disparo y al oir el estruendo ya no podrán dudar que estamos aquí en-

cerrados. Y mucho mas si llega á saberlo el sereno á quien yo previne la misma noche, y que al ver no hemos salido de la casa, estará haciendo indagaciones.

— ¡Ea! manos á la obra, dijo el conde frotándose las suyas, en señal de que habia acogido el magnífico pensamiento de su criado con el mas extraordinario júbilo.

— Empezad vos, doña Tecla, dijo Ruderico, nos ensayaremos primero.

La jorobada con su voz atiplada y chillona empezó á dar tales aullidos, que mas bien parecian los maullidos de un gato que lamentos humanos.

— Así no, así no, dijo Ruderico con viveza: van á creer que maullan los gatos y no nos harán caso.

— Escuchad, de otro modo, dijo la pobre mujer sin resentirse y esforzándose por dar á su voz diferente sonido.

— Ahora está mejor; pero hablad al propio tiempo como pidiendo socorro, imitadme á mí.

— ¡Favor! ¡favor! ¡quién nos socorre! ¡ay! ¡ay! ¡vecinos, por compasion!..... ¡ay! ¡ay! Ruderico al decir esto, daba espantosos gritos, doña Tecla le siguió, y el conde, en medio de su afliccion no pudo ménos de reirse al escuchar tan extraño duo.

— Yo haré la orquesta, dijo levantándose; y cogiendo el banquillo de madera que les servia de asiento, empezó á descargar con él fuertes porrazos en la pared.

— Que le vais á romper, señor conde, exclamó doña Tecla.

— ¡ Y qué importa ! los tres no cabemos en él, con eso quedaremos iguales. Nos sentaremos en el suelo.

Por espacio de muchas horas les sirvió de entretenimiento la ocupacion que habian tomado, y continuaron con ardor. El banco se rompió efectivamente, saltando en pedazos por el sótano ; entónces cada uno cogió el suyo, y se pusieron á dar golpes, cada cual en su pared, á ver por qué lado contestaban.

Ruderico quedó por casualidad en la medianera á la tienda y debió ser una de las veces que le oyó el chico, y asustado tiraria algun cacharro, porque el animoso y leal criado del conde oyó el golpe y exclamó :

— He oido ruido ; venid ; y no abandonemos esta pared, pues al otro lado he sentido como un cántaro ó basija grande, arrojada con violencia en el suelo.

— Será esa la tienda de la cueva. ¡ Oh ! de ahí solamente debemos esperar socorro, dijo doña Tecla acudiendo seguida del conde, y armados cada cual con su respectivo pedazo de madera.

— Demandémosle con todas nuestras fuerzas, dijeron los tres volviendo á empezar su tarea con incansable actividad.

Ya saben nuestros lectores que por espacio de cuatro dias los estuvieron oyendo en la tienda ; en la noche del quinto, fué cuando Perico el sereno, informado del caso, empezó á concebir sospechas, y dió parte á la autoridad, despues de haber prometido socorro á los infelices prisioneros, los que manifestaron su júbilo disparando las pistolas.

La autoridad dispuso, ántes de romper el tabique, buscar la entrada de aquel sótano en la casa misteriosa; ¡pero en vano llamaron repetidas veces, nadie les contestó!

Sabiendo que aquella casa pertenecia á la princesa de Florini, fueron al palacio de esta y le encontraron herméticamente cerrado, enterándose con sorpresa que la noche anterior, entre doce y una, habia salido en posta la princesa, no teniendo nadie noticia de la direccion que tomó.

Resolviéronse, pues, á entrar en la casita de la calle del Sordo, haciendo que un cerrajero franquease la puerta. Empero, tambien este recurso fué inútil; por mas que la registraron toda ella, la entrada al subterráneo no pudo hallarse.

En tanto los gritos de las víctimas continuaban, y no hubo mas remedio que romper el tabique por la cueva de la tienda.

Ruderico y el conde, cuando sintieron los primeros golpes de la piqueta, exclamaron con las manos unidas y elevando los ojos:

— ¡Están rompiendo el tabique! ¡Oh! ¡gracias, Dios mio! ¡estamos salvados!

Doña Tecla hacia rato que oraba en un rincon del sótano.

Apénas estuvo la pared en disposicion de poderse comunicar los de adentro con los de afuera, se acercó Perico el sereno que entre todos los circustantes era el que con mas ansiedad aguardaba el desenlace de aquel acontecimiento, y exclamó con el acento del regocijo satisfecho:

— Señor conde de Cinkar, ¿sois vos y vuestro criado los qne demandáis auxilio?

— Sí, yo con mi criado y otra víctima, que llevamos no sé cuanto tiempo en este calabozo donde nos arrojó por sorpresa una mujer infame.

— No temáis ya nada, que aquí está la autoridad para castigar al culpable y proteger al inocente, dijo el celador mandando á los albañiles prosiguiesen con actividad la demolicion hasta dejar un hueco suficiente para dar paso á una persona.

Perico, con el tono del que acierta en un juicio que ha emitido y sido desechado por sus superiores, exclamó acercándose al celador con aire de misterio :

— ¡Veis si decia yo bien! aquella jorobada nos engañó miserablemente.

— ¡Y cómo ha sabido prepararlo todo y escapar, y con ella la princesa su protectora que debe tener parte en este crímen! murmuró pensativo el celador.

— Yo creo que sí; ¡es una mujer misteriosa la tal princesa!... añadió Barrigon.

— Veremos lo que declaran esos infelices, y sabremos á qué atenernos.

— Sí; mas vale no anticipar juicios que pudieran ser aventurados.

Cuando quedó una gran abertura en el tabique, los operarios se retiraron y el celador acercándose dijo :

— Podéis salir, señor conde.

Un rostro pálido y surcado de profundas arrugas apareció en aquel momento.

Era el del noble italiano.

Sus labios murmuraban una plegaria en accion de gracias; sus ojos se cerraron, pues el resplandor de las luces que iluminaban la cueva le ofendian.

Alargó los brazos como si se sintiera desfallecer. El sereno le cogió en los suyos, y momentos despues descansaba en el mullido lecho del tendero, que se apresuró á ofrecer cuanto poseía en obsequio del ilustre señor y sus desgraciados compañeros.

Al presentarse en el hueco la figura deforme de la jorobada, con aquella cabecita pequeña, defectuosa y envuelta en la papalina con lazos encarnados, todos los circunstantes estuvieron para lanzar una carcajada; pero los detuvo la presencia severa de Ruderico y la esmerada solicitud con que atendia á la desgraciada mujer.

—¡Ay! ¡Dios mio! ¡no puedo moverme! decia doña Tecla dejándose conducir á una cama que acababan de prepararla. La humedad de ese maldito sótano nos ha baldado.

—¡Esta no es la jorobada que vimos! dijo el sereno al celador.

—¡Aquí hay un misterio muy grande!... exclamó este cada vez mas preocupado.

Ruderico, tan luego como dejó á doña Tecla en el lecho, volvió á buscar al sereno y alargándole los brazos con muestras de la mas viva gratitud, exclamó:

—¡Gracias! ¡gracias! ¡nos habéis salvado!...

El agradecido Ruderico y el sereno lloraron de alegría abrazándose con la mayor fraternidad.

CAPITULO IV

SEBASTIAN.

—

En la noche del mismo dia en que nuestros lectores penetraron en casa del jóven pintor don Constantino López, estaba este dibujando á la luz de una magnífica lámpara. Sebastian á su lado leía en alta voz un libro religioso. Doña Aurora le escuchaba atentamente conservando aun en sus manos el rosario de plata y nácar que habia concluido de rezar.

Estos tres personajes formaban un grupo cerca de la mesa; un poco mas allá y reclinado con negligencia en un sillon, se hallaba un anciano durmiendo con una paz envidiable.

Era don Claudio, esposo de la señora anciana y padre de don Constantino.

— He concluido el capítulo; ¿empiezo otro? dijo Sebastian mirando alternativamente á su maestro y á doña Aurora.

— Lo que madre quiera, contestó el pintor sin levantar la cabeza.

— Lo dejaremos para mañana, si os parece, dijo esta.

— Bien, en ese caso Sebastian proseguirá la narracion que dejámos pendiente esta mañana.

— Lo haré con muchísimo gusto, no solo por complaceros, sino porque sepáis la triste historia de dos niñas tan dignas como desgraciadas y para las que reclamo vuestra proteccion.

— Cuenta con ella, pues aunque nuestro valimiento es tan escaso, sin embargo estamos siempre dispuestos á amparar al desvalido y socorrer al indigente.

— No puedo dudar de vuestra generosidad, por eso apelo á ella demandándola en favor de dos huérfanas infelices.

— La tendrás, hijo mio, dijo doña Aurora. Habla sin temor.

— Voy á empezar desde el momento en que conocí á Cárlos. Sabéis que un dia estuve á punto de ahogarme en el Manzanáres, no obstante el escaso caudal de agua de este *arroyo aprendiz de rio*. El arrojo de mi amigo, al que vi entónces por primera vez, me salvó de una muerte segura, y yo, profundamente agradecido y en recompensa de su noble accion, le ofrecí mi amistad, y me consagré á él en cuerpo y alma, ya que de otro modo no pude probarle mi reconocimiento.

Desde entónces nos vemos casi todos los dias y nos reunimos con suma frecuencia.

Una noche me contó sus amores con una chica muy linda, hija de la dueña de una hostería de Lavapiés. Hice un gesto de desagrado, porque el establecimiento de la Corneja es bastante conocido en Madrid por sus malos antecedentes.

Cárlos lo advirtió y se apresuró á decirme :

— No aventures tu juicio hasta que conozcas á mi amada : ven conmigo, y me dirás si tan interesantes criaturas no te parecen bellísimas flores arrancadas del invernadero y trasplantadas á un lodazal.

Fuí efectivamente y mi quedé absorto al conocer á Rosa, que es la novia de mi amigo. No me admiró ménos la figura dulce, elegante y distinguida de Flor del Espino, ó sea Lidia ; pues con los dos nombres se conoce á la hermana de Rosa.

Si mucho me sorprendió su belleza y maneras, al ver sus gracias y sus encantos no tuvo límites mi admiracion y mi entusiasmo. Sus brillantes dotes para el canto y la música revelan á unas artistas de primer órden. Han tenido por maestro durante ocho años á uno de los mejores profesores italianos.

Ademas poseen varios idiomas, son instruidas, habiendo leido muchísimo y estudiado gramática, historia y geografía. Flor del Espino tambien es poetisa y compone admirablemente.

— ¿Y cómo con tanto talento viven oscurecidas en una miserable hostería? preguntó don Constantino.

— Porque no tienen proteccion y están sujetas á la odiosa dependencia de la Corneja, á la que han tenido por madre ; pero que, segun el descubrimiento que hicimos la noche que yo falté de casa, las ha robado en Paris á una señora distinguida, con objeto de comerciar con sus gracias; lo cual consigue á las mil maravillas, pues su casa está siempre llena de gente que acude con el único objeto de oirlas y admirarlas.

Hasta hoy la severa virtud y el carácter firme y altivo de estas angelicales criaturas, las ha preservado de la seduccion; mas si permanecen mucho tiempo en esa casa no están libres de un lazo que las pierda para siempre. Tienen muchos enemigos y adoradores que las persiguen sin cesar, pero ellas no escuchan los galanteos de nadie; Rosa sostiene relaciones con Cárlos, le ama con delirio, y esto la anima y sostiene en medio de su azarosa vida. Flor del Espino pasa los dias entregada á una melancolía desgarradora. Sus únicos deseos, sus únicas aspiraciones, son por descubrir su orígen, conocer su familia y abandonar para siempre ese establecimiento, donde solo se respira la atmósfera de la maldad y los vicios.

— ¡Qué lástima de criaturas! murmuró doña Aurora.

— ¡Oh! ¡y si las conocierais! ¡son tan buenas, tan amables!... ¡tan simpáticas!...

— Ofrécelas nuestra casa, Sebastian, aquí estarán con nosotros, y si no tienen madre yo lo seré, exclamó la noble anciana en un arranque generoso.

— ¡Oh! sí, añadió don Constantino, que no permanezcan ni un minuto mas en medio de los peligros.

— Esta tarde he ido á buscar á Cárlos, y no encontrándole me fuí á la calle de Lavapiés con objeto de verlas; no lo he conseguido, no estaban en la tienda, sin duda como es domingo habrian salido, pues los dias de fiesta van juntas las dos hermanas, único momento que les es permitido abandonar el duro

servicio á que las tiene sujetas esa indigna mujer.

— Esas palabras me recuerdan á dos niñas que he retratado esta tarde; y cuyas interesantes fisonomías me han llamado mucho la atencion, dijo don Constantino.

— ¿Qué señas tenian? acaso sean ellas; pues muchas veces me han manifestado su deseo de retratarse.

— Ven, las verás.

Levantáronse los tres y entraron en el gabinete de estudio.

El pintor se acercó á un lienzo en el cual aparecian las bellísimas y expresivas facciones de las dos hermanas.

— ¡Ellas son! ¡oh! ¡cuánto me alegro que las conozcáis!...

Sebastian fijó en el rostro de Flor del Espino una mirada húmeda y dulcísima, en cuya expresion se advertia todo el fuego de su alma.

López le vió extático, embebido en la contemplacion de aquella figura, no escapándose á su natural perspicacia el sentimiento de amor que habia en la actitud y miradas de su jóven protegido.

— ¿Cuál de las dos es Flor del Espino? preguntó.

— Esta que se apoya en el hombro de su hermana; ¿no os parece encantadora?

— ¡Oh! sí; ambas lo son.

— ¡Pero es tan diferente su belleza!... En Rosa se ve á la mujer enérgica, de carácter firme y audaz; en Lidia á la poetisa espiritual, melancólica y reflexiva.

Y vos, doña Aurora, ¿qué juzgáis? dijo Sebastian esperando el fallo de la inteligente señora.

—Lo que yo te digo, hijo mio, es que en esas facciones veo los rasgos característicos de mi familia. El rostro de Rosa tiene una notable semejanza con el de un hermano mio que murió hace algunos años. ¡Ay! ¡no quisiera engañarme! pero no se qué extraños presentimientos asaltan mi corazon.

—¡Qué decís! exclamó con asombro López.

—Inmediatamente, sin perder un instante siquiera, id á buscar esas niñas, dijo la anciana con acento profético y extendiendo su brazo en direccion á la puerta.

—¡Ahora mismo! añadió don Constantino tomando el sombrero y lanzándose á la calle seguido de Sebastian.

Doña Aurora entró en su aposento y volvió á salir á poco llevando en la mano un retrato.

¡Era el de su hermano! le miró infinitas veces comparándole con el de Rosa y completamente segura por la semejanza, exclamó cayendo en tierra de rodillas:

—¡Oh Dios mio! ¡será posible que ya que mis padres por un orgullo insensato abandonaron á mi pobre hermano, venga yo á reparar su injusticia protegiendo á sus infelices huérfanas!...

Absorta en este pensamiento, no tuvo descanso ni sosiego hasta que sintió llamar á la puerta.

—¡Ya están aquí! murmuró.

Á poco entraron en el aposento don Constantino y

Sebastian sumamente tristes, sentándose con desaliento en un sofá.

— ¿Qué hay? ¿cómo no vienen? preguntó con ansiedad doña Aurora.

— ¡Oh Dios mio! exclamó Sebastian ahogado por la emocion, sin poder decir una palabra mas.

— ¿Qué ha sucedido? decídmelo pronto, porque la angustia me mata.

— Han desaparecido, madre mia; en vano las hemos buscado: ni la Corneja ni ellas están ya en la taberna, y nos ha dicho una especie de cafre con grandes patillas, que está allí dándose una gran importancia:

— No busquéis á esas niñas; acaso no estén ya en Madrid.

— ¿Y qué habéis hecho?

— Preguntar á otro que nos ha contestado lo propio, añadiendo que tambien esta misma tarde ha ido una señora de la aristocracia preguntando por ellas.

— ¿Pero á qué hora han desaparecido?

— No lo saben.

— Ellas han estado aquí toda la tarde; ¿habrá sido despues de marcharse?

— Precisamente; á las cinco salieron de este gabinete, ofreciéndome volver el domingo próximo.

— ¡Ah! ¡las habrán robado! ¡y quién sabe si á estas horas serán víctimas de alguna infamia! dijo Sebastian inclinando la cabeza con amarga tristeza.

— Tu amas á Lidia, ¿no es verdad? dijo el pintor mirando al jóven con ternura.

— No os lo negaré, mi querido maestro. Sin su amor, el mundo me parece un desierto.

Doña Aurora se puso á orar ante una imágen pidiendo á Dios la salvacion de aquellas inocentes.

CAPÍTULO V.

JURAMENTOS.

—

Las amables lectoras que hayan simpatizado con Edelmira, desearán saber la suerte que le cupo en el nuevo arreglo que hizo en su casa la farsanta princesa de Florini.

Para satisfacer tan justa curiosidad, volvamos al punto que la dejámos en el tomo I, capítulo XXV. Despues del paseo matutino á la Castellana, cuyos momentos aprovechó Cárlos tan oportunamente para hacer su declaracion, Edelmira fué con su aya al convento segun tenia de costumbre.

Volvió triste, meditabunda. No es extraño, los amores del gallardo jóven la preocupaban de tal modo, que solo pensaba en él y en la inmensa felicidad que se prometia con aquel amor tan ardiente como profundo.

Aquel dia, contra la costumbre, comió con su

madre y con un caballero á quien oyó llamar baron de Pereival; este la contemplaba con éxtasis, dirigiala muchas veces la palabra procurando fijar su atencion; mas ella no le hizo caso, contestándole por monosílabos y casi maquinalmente.

Cuando concluyó la comida, pidió permiso para retirarse á su aposento, el cual le fué concedido en seguida. Se despidió del caballero con una ligera cortesía y entró en su elegante saloncito cerca de anochecer. Lisa la esperaba con impaciencia.

— ¿Y qué tal, señorita? la dijo, ¿os ha recibido bien la princesa?

— Como siempre, con frialdad. Yo creo que al hacerme hoy comer con ella, ha sido porque me conociese un caballero que durante la comida no ha separado la vista de mi rostro.

— ¿Y quién es? Á ver si os proporciona un novio, y olvida lo del convento.

— No lo creas. Es viejo, muy pálido, con ciertos rasgos en su fisonomía que hace mirarle con aversion sin saber por qué. Mi mamá le ha llamado unas veces baron y otras Pereival. Te confieso me ha disgustado mucho ver la pertinacia con que me miraba.

— Entónces será el baron de Pereival, un americano riquísimo que ha venido hace pocos días á habitar el palacio contiguo á este.

— En fin, sea quienquiera, dejémosle y hablemos de Cárlos; ¿le has entregado mi carta?

— Sí, señora, y se empeña en veros esta noche; dice que no se mueve de la puerta del jardin hasta que salgáis ó se le permita entrar.

— ¡Oh Dios mio! eso nunca, Lisa.

— ¿Y qué tiene de particular? En el jardin estáis ménos expuestos que en la calle, donde puede vernos algun amigo y decírselo á la señora.

— Pero mi decoro no me permite darle entrada en esta casa sin el consentimiento de mi mamá.

— Bueno, que no venga aquí á las habitaciones; pero en el jardin es otra cosa. Ademas, no estaréis sola con él, yo os acompañaré y los jardineros no se apartarán de alrededor.

— ¡No sé que hacer!

— Decidios, por Dios; si le vierais qué enamorado está el pobrecillo, ha besado la carta mas de cien veces y lloraba de alegría.

— Yo conozco que me quiere mucho y su intencion es recta y honrada; pero me repugna concederle tan pronto un favor que acaso me cueste algunos sinsabores, y que ademas para ello tenemos que confesárselo todo á Dorotea.

— ¡Ya lo sabe! me ha visto hablar con él, y me ha preguntado si era vuestro amante.

— ¿Y se lo has dicho?

— ¡Qué habia de hacer! se hubiera resentido sino, y nos es muy conveniente tenerla contenta.

— ¿Pero tú sabes si consentirá que éntre?

— Desde luego la tendrenos propicia á todo cuanto queramos. ¡Es tan agradecida... os quiere tanto!... y luego con los regalillos que la hacéis está loca de contenta. Los vestidos para las niñas los ha recibido con los mayores extremos de alegría.

— ¡Pobre mujer! No es extraño; tienen poco sueldo y apénas les bastará para cubrir sus atenciones.

— ¿Y qué le digo á don Cárlos? hace mas de dos horas que espera la contestacion.

— ¿Y dónde está?

— Peseando por la calle.

— ¡Me cuesta un trabajo resolverme!

— No le amaréis mucho; el que siente un verdadero amor, hace sin vacilar todos los sacrificios imaginables.

— ¡Ay! no digas eso. Su amor es la vida para mí.

— Y le negáis una cosa tan leve. Vamos, dejadme hacer; yo lo arreglaré.

— No seas loca, Lisa.

La aturdida doncella, sin escuchar á su señora, echó á correr hácia el jardin, y poco despues desapareció entre los árboles.

— ¿Cómo tan sola y tan pensativa? dijo el aya doña Crispina apareciendo con el rosario en la mano.

Edelmira se quedó muda; temia que la vetusta dueña descubriese su secreto en la alteracion de su voz ó en sus mismas palabras.

— ¡Qué! ¿no merezco contestacion? Vamos, señorita, de poco tiempo á esta parte os vais poniendo insufrible, y será preciso que yo hable á la señora princesa para que volváis al convento cuanto ántes.

La infeliz niña, aterrada con la amenaza de la solterona, se conmovió profundamente y exclamó acongojada y llorosa :

— No sé en qué he podido ofenderos para que siempre tratéis de atormentarme.

— ¡Atormentaros! ¿y en qué? ¿porque os hablo del convento? vos misma debiais recrearos en ese pensamiento, puesto que no tenéis otro destino.

— ¡Quién sabe el que Dios reserva á cada criatura!

— ¡Vaya! ¡vaya! esto no puede quedar así; veo que cada dia tenéis ménos inclinacion á la clausura.

Edelmira dejó correr su llanto largo tiempo comprimido, lo que irritó mucho mas al aya.

— Vamos á rezar y dejarse de lloriqueos, gritó hecha una furia.

— ¡Vamos allá! exclamó la jóven dirigiéndose con santa resignacion al oratorio.

Doña Crispina era una de esas solteronas inaguantables, que en el último tercio de su vida se hacen devotas por cálculo, y acostumbraba tener á Edelmira tres ó cuatro horas ocupada en diferentes rezos y oraciones.

Lisa volvió, y viéndolas en el oratorio se puso de rodillas detras de su ama.

Doña Crispina la dirigió una mirada interrogativa como diciéndola, ¿de dónde vienes? la que sostuvo la traviesa doncella con el mayor descaro.

Ya eran cerca de las diez, cuando Edelmira, cansada de rezar, se levantó, y saliendo del salon dijo al aya:

— Estoy fatigada y deseo acostarme.

En seguida se metió en su alcoba.

— Ea; pues buenas noches, hasta mañana, dijo la

antipática vieja retirándose tambien á su cuarto.

— ¡Gracias á Dios que nos deja en paz esa cócora de mujer! exclamó Lisa.

— ¡Ay! ¡su sola presencia me es odiosa y tengo por fuerza que sufrirla! dijo Edelmira dejándose caer con abatimiento en un sillon.

— Todo se compensa en este mundo; en cambio del mal rato que habéis pasado, venid; don Cárlos os espera y á fuerza de amor os hará olvidar los disgustos.

— ¿Qué has hecho, Lisa? ¡me vas á perder!

— Dejaos de tonterías, y venid pronto.

— ¿Pero está ya en el jardin?

— Sí, señora, desde las nueve; si queréis verle acercaos al balcon; junto aquel bosquecillo de tilos está sentado.

— Infórmate si se ha acostado doña Crispina.

— Id vos al encuentro del caballero, que la solterona corre de mi cuenta.

Edelmira fué á reunirse con su amante, al que encontró rendido y apasionadísimo en alto grado.

Desde aquella noche todas se reunieron en el mismo sitio sin omitir por eso el paseo matinal. El amor de los dos fué creciendo de tal modo, que rayaba en delirio, en embriaguez.

Como la felicidad es tan breve en este mundo, la de los enamorados jóvenes pasó en el horizonte de su vida cual una sombra vaporosa.

Llegó un momento en que la solterona doña Crispina dijo á Edelmira:

— Señorita, tengo órden de la señora princesa para anunciaros qua mañana salimos de la corte. Y tú, Lisa, puedes ir preparando los equipajes, las dos acompañamos á la señorita.

— ¡Oh Dios mio! ¿y dónde vamos? exclamó Edelmira acongojada por tan repentina partida.

— Lo ignoro; sabéis que la señora princesa nunca dice dónde va.

— ¿Pero viene tambien mi mamá?

—Todos; el palacio queda cerrado completamente.

El aya, no queriendo dar mas explicaciones, salió dejando solas á las jóvenes.

— ¡Ah! ¡Lisa mia, qué nueva desgracia!

— La fatalidad nos persigue. ¡Qué dirá don Cárlos cuando lo sepa! murmuró Lisa.

— ¡Qué ha de decir! no tendrá mas remedio que conformarse en tanto que yo lloro nuestro fatal destino.

— No tardará en venir, son cerca de las diez.

— Infórmate de los demas criados, á ver si saben dónde vamos.

— Será inútil, señorita; doña Crispina en eso tiene razon. La princesa no comunica jamas sus pensamientos.

Tristes y pensativas quedaron las dos.

Con el silencio de la noche y la profunda soledad de aquella parte del palacio, pudieron oir clara y distintamente el cántico de un canario, que aunque modulado por una garganta humana, parecia el sonoro trino de la cándida avecilla.

— ¡Ya está ahí! exclamó Edelmira levantándose con celeridad y bajando inmediatamente al jardin.

— ¡Amor mio! exclamó Cárlos apénas distinguió el blanco ropaje de la niña.

— ¡Qué desgraciados somos, Cárlos mio! murmuró la jóven dejándose caer con desaliento en un banco de piedra.

— ¡Qué dices! ¡esa angustia, esa alteracion de tu acento, me revelan un nuevo dolor!...

— Sí, y muy grande. Mañana salgo de Madrid, acaso para no volver mas.

— ¿Y dónde fijarás tu residencia en adelante?

— Lo ignoro; quizá nos detengamos en nuestros estados de Italia, quizá sigamos viajando por el extranjero; á mi mamá no le gusta vivir mucho tiempo en un punto.

— Pues bien, amor mio, no sientas esa partida, porque yo te seguiré al fin del mundo.

— ¡Cárlos! ¿será posible?

— Y ciertísimo, donde vayas voy.

— ¡Ah! ¡si tal hicieras, qué no haria yo por ti!!...

— Solo quiero me jures tu amor y jurarte yo el mio delante de una imágen del Señor; pongamos en sus manos nuestros votos y considerándonos unidos ante Dios y ante los hombres, tendremos fuerza para sufrirlo todo, hasta que un sacerdote santifique ante la iglesia nuestra union.

— ¡Oh! sí; ven.

Comovida en alto grado la inocente niña, por lo que ella juzgaba abnegacion y entusiasta cariño en

su jóven amante, no vaciló ni un momento y le condujo á su oratorio, postrándose los dos en tierra y jurándose á los piés del altar un amor eterno.

— Somos esposos ante Dios, dijo Cárlos levantándose, y no hay ya en el mundo poder humano que desate el vínculo que nos une.

— ¡Oh! sí; ¡revestida con el sagrado título de tu esposa, tendré valor para sufrirlo todo! exclamó Edelmira con una voz trémula por la emocion y el placer.

— Adios, pues, hasta mañana; tengo que hacer mis preparativos y no puedo detenerme mas. No te opongas á las disposiciones de la princesa. Sigue tranquila el rumbo que te marquen.

— ¿Pero y tú?

— Yo seguiré el coche donde tú vayas, y me verás aparecer á tus ojos con diferentes trajes y disfraces.

— Entónces, adios.

Los amantes se despidieron con las mayores muestas de ternura.

CAPÍTULO VI.

EL ROBO.

Cárlos salió del palacio de Florini completamente resuelto á llevar á cabo una idea que hacia tiempo fermentaba en su imaginacion.

Embozándose en su ancha capa, se dirigió con paso acelerado á la calle de Segovia.

Eran cerca de las once de la noche, y ya la Colasa le aguardaba con la mas viva impaciencia.

Debemos decir, para la inteligencia de nuestros amables lectores, que la rumbosa prendera no se descuidó en poner en práctica el pensamiento que habia comunicado á su vecina le señora Gervasia. Por consecuencia, al siguiente dia, encerrándose con su protegido en una habitacion, le manifestó claramente y sin rodeos que, ó se casaba con ella, ó abandonaba para siempre aquella casa donde nada le detendria en adelante.

El jóven hacia tiempo esperaba aquella proposicion; no se sorprendió, ni aparentó admitirla ni rechazarla. Solo pidió á la prendera un término de ocho dias para resolverse.

Al obrar de este modo entró en cuentas consigó mismo y se dijo :

— Para llevar á debido término la aventura con mi bella Edelmira, necesito presentarme con el lujo que hoy me rodea, y me hace falta dinero, sin lo cual apareceré á sus ojos como un mendigo y todo se perderá. Engañemos á Colasa y entretenida con la idea de casarse conmigo, no tendrá reparo en facilitarme cuanto la pida.

Adelante, pues; con audacia y valor todo se consigue, y como yo tengo de sobra uno y otro, me prometo ser con el tiempo todo un príncipe de Florini.

Halagado por estas quimeras, dejó correr los dias

hasta el momento en que Edelmira le participó su repentina marcha. Ya no tuvo mas remedio que decidirse y adoptar una resolucion que conciliase todos los extremos. Como nuestro jóven por desgracia habia recibido una educacion tan descuidada, y por otra parte tenia instintos de familia que le hacian ambicioso y cruel, no reparaba en los medios de que se valdria para conseguir sus deseos.

Segun hemos dicho, cuando llegó á su casa, le esperaba la prendera que le salió al encuentro, lanzando sobre el aturdido mancebo toda clase de imprecaciones.

— Calmaos, querida mia; calmaos, la dijo con frialdad.

— ¡Habrá calavera! ¡todas las noches viniendo á estas horas! ¿pues qué, has llegado á imaginarte que lo he de sufrir mucho tiempo? te engañas.

— Hablaremos, señora, hablaremos; me habéis dejado ocho dias libres y los aprovecho.

— ¡Acaso en galanteos que redunden en perjuicio mio! gritó la prendera entrando en su habitacion y dejándose caer en una butaca.

Cárlos la siguió:

—¿Podemos hablar sin que nos oigan? dijo poniendo la capa y el sombrero sobre una silla.

—¿Tienes algo que decirme?

— Quiero resolver nuestra pendiente cuestion ahora mismo, sin esperar al término que fijasteis.

— ¡Ah, me alegro! puedes hablar sin temor; al muchacho le he despedido esta tarde, y la fámula duerme en su cuarto.

— ¿Y no vendrá á escucharnos?

— ¿Qué ha de venir? ¡si ya no la despierta un cañonazo!

Cárlos se levantó, y cerrando la puerta de la estancia dijo:

— Al manifestarme vuestra idea de ser mi esposa, me dijisteis que nada debo esperar del mundo ni de mi madre que me abandonó al azar, y hubiera perecido sin el auxilio vuestro.

— Te he dicho la verdad.

— Bien, ahora solo deseo saber el nombre de mi madre.

— No me será fácil contestarte porque lo ignoro.

— Pero lo sabrá vuestra tia.

— Acaso nunca se lo pregunté; pero esto nada tiene que ver con nuestro casamiento.

— Es que tengo ambicion; quiero ser muy rico y deseo descubrir mi familia, que quizá tenga riquezas bastantes para satisfacer mi sed de oro, y en ese caso no me casaré con vos.

— ¿Y te parecen pocas las mias? por muy rica que sea, no será tanto como yo.

— Es que vos os formáis ilusiones; y yo no doy tanto valor á cuatro muebles viejos que adornan vuestra prendería.

— ¿Pues y mis alhajas y mis caudales? dijo la Colasa picada en su amor propio porque estaba muy ufana con sus tesoros.

— ¡Estarán en vuestra fantasía! dijo Cárlos con burla.

— ¿Sí, hé? Ven pues, y te convencerás por tus propios ojos.

La irritada mujer, en un arranque impremeditado, cogió una luz y seguida de Cárlos se dirigió al fondo de su dormitorio. En frente de la cama habia un armario, le abrió, y por medio de un resorte hizo girar un cajon secreto, que dejó ver su fondo lleno de oro, billetes de banco y magnífica pedrería.

De los brillantes ojos del mancebo brotó una chispa de codicia que se extinguió pronto, y luego apareciendo en sus pálidos labios une sonrisa glacial, preguntó:

— ¿Y es vuestro todo esto?

— Todo ménos este paquete de billetes, que importan diez mil duros y que los recibí como un préstamo hace tiempo, y tengo que devolverlos mañana á su dueño.

— Os confieso con franqueza que nunca creí en vuestras decantadas riquezas.

— Pues aquí tienes; ascienden á cuatro millones de reales adquiridos en veinte años que llevo en este comercio. Todas son tuyas; solo deseo tu amor y que seas para mi un marido fiel y cariñoso.

— Aunque no me halagara la posicion con que me brindáis, solo por gratitud debo serlo. Contad pues con mi mano, y en celebridad de este fausto suceso cenaremos en santa y hermosa paz.

— Corriente; voy á llamar á la muchacha.

— No; ¿para qué? exclamó Cárlos deteniéndola. Estamos mejor sin testigos y hablaremos de nuestra boda. ¿No tenéis por aquí nada fiambre?

— Sí, precisamente guardo en este armario jamon, algunas viandas y vinos. Voy por ello.

Cárlos prestó la mayor atencion al modo que tuvo la Colasa de cerrar el cajon donde guardaba el dinero, enterándose inmediatamente del secreto.

La infeliz mujer, sin adivinar el pensamiento que se agitaba en la sombría y ceñuda frente del mancebo, estuvo colocando en una mesa los manjares.

— ¿Qué vino es este? preguntó Cárlos asiendo una botella.

—El único que yo bebo, Jerez, dijo sencillamente la Colasa.

— Á mí no me gusta mucho, traedme si tenéis Champagne.

— Por casualidad hay una botella.

Miéntras la prendera entró á buscarla, Cárlos vertió en la del Jerez un líquido rojizo, que llevaba á prevencion en un frasquito de cristal; con la mayor calma le volvió á guardar y murmuró para sus adentros:

— Este líquido la hará dormir lo ménos veinticuatro horas; en este tiempo puedo yo escapar con sus riquezas en seguimiento de mi ilustre y bellísima Edelmira.

Tan diabólico pensamiento le salió á medida de su deseo.

Durante la cena, prodigó á la Colasa toda clase de galanterías; hablaron de su boda, de la felicidad que les aguardaba y de mil quiméricos proyectos.

Las libaciones se repitieron con frecuencia, y la botella de Jerez quedó casi apurada por la prendera.

—Qué sueño tengo, dijo esta cansada de reir y de contemplar á su gallardo amante.

— Yo tambien siento que esta necesidad imperiosa va invadiendo mis sentidos.

—Pues hasta mañana : yo no puedo resistir, voy á meterme en la cama.

Cárlos salió despidiéndose de la que se juzgaba su futura. Á la média hora volvió á entrar, la encontró tranquilamente acostada, y dormida con un sueño pesado y profundo.

La llamó repetidas veces; viendo que no contestaba, se decidió á buscar en sus bolsillos la llave del armario. Abrió el cajoncito secreto, y apoderándose de cuanto contenia, volvió á cerrar, y colocando la llave en su sitio, se dirigió á su habitacion trémulo de gozo.

Se acostó tranquilamente despues de haber dispuesto su viaje, y no despertó hasta que el sol iluminó por completo su aposento.

La criada estaba ocupada en la limpieza de la casa, cuando se presentó Cárlos embozado en su ancha capa.

— Me marcho, la dijo; la señora acaba de acostarse, no ha dormido en toda la noche, y me ha dicho que no la despiertes hasta que ella te llame. Yo me voy de caza con unos amigos, y no volveré hasta mañana por la noche, díselo así; ¿entiendes?

— Sí, señor; ¿pero y la tienda no se abre?

— Ábrela; y si vienen á comprar algo, vendes lo que sepas el precio, y lo que no, que vuelvan otro dia.

— Está bien, así lo haré.

— Adios.

— Vaya con Dios el señorito.

Cárlos, brillantes los ojos de alegría y apretando contra su pecho el cofrecito con las riquezas de la Colasa que habian pasado á su poder, se dirigió á un establecimiento de carruajes. Compró un buen coche de camino con cuatro hermosos caballos, y partió á escape á situarse en una callejuela frente al palacio de Florini.

Seria la una de la tarde, cuando salió Edelmira en su coche de camino; lo acompañaban el aya y Lisa.

Cárlos ordenó á su cochero fuese siguiendo aquel carruaje, y él, arrellanándose en los almohadones, murmuró:

— ¡Ya es mia!

CAPÍTULO VII.

LAS DOS HERMANAS.

Algunos dias despues de haber abandonado la hostería Rosa y Flor del Espino, hallábase esta última sola en su modesta buhardillita.

Eran las siete de la mañana.

Los primeros reflejos de un sol pálido y débil iluminaban el reducido aposento que se componia de una pieza. Su mueblaje, tan pobre y sencillo como

las que le usaban, consistia solamente en un catre de tijera con su colchon cubierto con una colcha de percal, dos sillas muy usadas, una mesita de pino, un anafre y los mas indispensables utensilios de cocina.

Cerca de la ventana, que caía á un patio grande, estaba sentada Flor del Espino, y se ocupaba en poner en órden un gran legajo de papeles.

Su expresivo y dulce rostro estaba mas pálido que de costumbre; sin embargo se notaba en él una expresion de plácida tranquilidad que nunca habia tenido.

Nada tenia de particular; habian salido por fin de una casa que odiaban con sus cinco sentidos, y aunque con privaciones, vivian solas y libres, sin el contínuo angustioso temor de caer en manos de los bandidos, de ser castigadas por la Corneja y de sufrir toda clase de humillaciones y desprecios.

—¡Dios mio! murmuraba Flor del Espino contemplando tristemente sus manuscritos, si en España se apreciase la literatura, podríamos solo con esto tener un recurso honroso y seguro para nuestra subsistencia. Pero, ¡ah! ¡de qué me sirven esta multitud de poesías, de novelas y aun este drama que es mi trabajo favorito, si no llevan al pié un nombre que las autorice!... ¡Es tan pobre el de Flor del Espino!... Y para que una obra tenga buena acogida, ha de ser el autor muy conocido.

Y con todo, necesito probar; mandaré las poesías á algunos periódicos, las novelas á los editores y el drama le llevaré á una empresa teatral. Acaso reco-

geré solo desengaños, ¿pero qué importa? ¡He sufrido tantos en este mundo!...

En la fresca y sonrosada boca de la poética niña se dibujó una amarga sonrisa, la cual probaba suficientemente que los sufrimientos y el dolor eran habituales en aquella alma tan inocente como bella.

Continuó en silencio el arreglo de sus ensayos literarios; cuando hubo concluido se levantó; al propio tiempo oyó llamar con suavidad á la puerta.

— Rosa mia, ¿eres tú? exclamó al ver á su hermana, ¿pero qué traes? un arpa? ¡Oh! qué felicidad; ¿quién te ha inspirado idea tan peregrina?...

— ¡Quién si no tu amor! mi dulce hermana, dijo Rosa penetrando en el aposento y cerrando la puerta tras sí. Deseando distraerte y porque tengamos algun rato de solaz, la he comprado.

— ¿Qué has hecho? ¡si apénas tenemos dinero!...

— ¡Es verdad! mas no pude resistir la tentacion! la vi, me pidieron por ella tan barata, que sin vacilar empleé en su adquisicion casi todos los fondos que nos quedaban.

— ¿Y ahora no tendremos pan para el necesario sustento?

— En cambio adormeceremos el hambre con la música, exclamó Rosa alegremente. No te apures, hermana, que nunca desampara el Señor á quien le invoca con ardiente fe.

— Sin esa dulcísima y consoladora esperanza, ya hubiéramos sucumbido muchas veces al peso de nuestra desventura.

— En fin, dejemos correr el tiempo, y cúmplase el destino de cada cual segun la voluntad de Dios. Ahora vamos á cantar.

— ¿Y el almuerzo?

— Aquí traigo leche, bebámosla, así economizaremos carbon. ¡Es tan hermosa la libertad que disfrutamos, que hasta la necesidad y las privaciones me parecen encantadoras!

— ¡Ah! sí; siquiera no tenemos la pesadilla de aquel deber tan duro, tan repugnante; aquella obligacion de complacer á la Corneja y á sus insolentes amigos.

— Demos gracias á Dios, porque estamos libres de ella y de su infame establecimiento.

— Sí, hermana; demostraremos nuestra gratitud con un himno religioso. Dáme el arpa.

— Canta tú, yo te acompañaré.

Felices y satisfechas las hermosas jóvenes, estuvieron entregadas á las delicias de la música casi toda la mañana, sin acordarse de su triste posicion, ni del nebuloso porvenir que á su vista se ofrecia.

El eco sonoro de su voz dejábase sentir en toda la casa; todos los vecinos salieron á las ventanas del patio, atraidos y embelesados por aquella armonía encantadora.

En el cuarto principal, estaba escuchando con la mas profunda atencion un caballero anciano, de rostro pálido y macilento. En su hombro se apoyaba una jovencita. Ambos se miraban con asombro, señalando á la humilde ventana del piso cuarto, que á

su parecer era de donde salia el sublime y armonioso cántico que los tenia absortos.

— Padre mio, exclamó la jovencita, esas mujeres que así cantan, deben ser muy pobres.

— ¿Y en qué te fundas para juzgarlo?

— En que viven en una buhardilla.

— Y es verdad, es preciso saber quiénes son á todo trance, porque su método, su modo de cantar, revelan unas grandes artistas.

— ¡Escucha, escucha, papá! ahora canta un aria de la *Norma*.

Quedaron en silencio hasta que Flor del Espino cesó de cantar; entónces el anciano caballero exclamó en un arranque entusiasta :

— ¡Oh! divino! magnífico, sublime!

Sin poderse contener, salió inmediatamente á la escalera, y subió con celeridad hasta la buhardilla, seguido de su jóven hija, que comprendiendo su idea no le quiso abandonar.

En vano estuvieron escuchando á la puerta de las jóvenes largo rato. Estas habian dejado la música para ocuparse en concluir una labor que Rosa pidió á la portera.

— ¡Qué lástima! ya no cantan, murmuró la jovencita mirando á su padre con tristeza.

— ¿Vivirán aquí ó habrán venido de visita? si fuese lo primero, aun tendremos el placer de oirlas.

— ¿Quiéres que preguntemos al portero?

— No es mala idea, vamos.

Volvieron á bajar, y entrando en su habitacion hicieron que un criado le llamase.

en la casa de campo
.
é felicidad! ¿tenéis al

donde ha pasado mu-

ue no me conoce me
nas veces en sueños he
sombra extenderse so-

ge. Á su influjo debes
e, segun creo, no has
¿no es verdad?
aquellos claustros ais-
ios, me causan cierto

: tu padre te reserva
de hoy es el árbitro de

r sus caricias?

estando mi marido [illegible] llará muchos dias
donde habitarás desde mañana

—¡Á mi padre! ¡Oh! ¡qu
fin noticias suyas?

—Sí; vuelve de América
chos años y me pide su hija.

—¡Padre querido! ¡aunq
ama! y yo tambien á él, muc
visto su benéfica y protectora
bre mi cabeza.

—Efectivamente, te prote
no volver al convento, al qu
tenido nunca mucha aficion;

—Lo confieso, madre mia
lados, aquellos muros somb
pavor.

—Ya no tienes qué temer
otro destino mas risueño; des

—¿Y cuándo podré recibi

— Aquel caballero te lo dirá, contestó la princesa señalando á Pereival que se fingió distraido, porque apénas podia contener su emocion.

— ¿Vos lo sabéis? exclamó la niña corriendo hácia él con las manos unidas.

— Es el encargado de presentártele, añadió Flora; pero ten entendido que no le conocerás aquí, sino en la quinta donde vas á vivir en adelante.

Estas palabras dichas con un tono enérgico demostraron á Pereival que no era tiempo de descubrirse, y haciendo un penoso esfuerzo por dominarse añadió :

— No tardaréis mucho tiempo en estar en los brazos del que os dió el ser ; él por su parte lo desea con ansiedad, y cada momento que pasa sin abrazaros le parece un siglo.

— ¡ Oh padre mio ! ¿ y es absolutamente indispensable que yo disfrute esa dicha sin que vos participéis de ella? dijo á su madre Edelmira.

— De todo punto necesario; yo tengo que partir al extranjero, donde me llaman asuntos de sumo interes; á mi regreso quizá nos reuniremos.

— ¡ Ese *quizá* es tan triste ! ¿ por qué no me lo decís con certeza ?

— Ignoro lo que sucederá en adelante : tú estás siempre pronta á seguir los pasos de tu padre, y hasta que le veas obedece en todo y respeta á este caballero : por él sabrás de mí y la suerte que te reservo. Ahora parte tranquila y confía en el amor de tus padres.

Esto era una despedida; así lo conoció Edelmira, rompiendo á llorar amargamente.

La princesa la estrechó en sus brazos prodigándola las mayores muestras de ternura. Tanto ella como Pereival la acompañaron hasta su cuarto, donde la jóven concluyó de ponerse los accesorios indispensables al traje de camino. Luego, pidiendo permiso á su mamá entró en el oratorio.

Arrodillada ante el altar con el mas religioso fervor, rogó á la santísima Vírgen la concediese la fortaleza que la iba faltando para llevar á cabo su union con aquel Cárlos adorado, y que la fuese dado hacerlo sin disgustar á su mamá, en la que acababa de encontrar por fin, despues de muchos años de desvío, la dulce ternura de una madre amorosa.

Média hora despues, y ya al pié de la magnífica escalera del palacio, sus brazos se entrelazaron con efusion al cuello de la princesa que la colmó de caricias, y sus manos apretaban cordialmente las de Pereival.

—¡Que me llevéis pronto á mi padre!... le dijo en voz baja.

—No tardaré, la contestó el anciano enjugándose una lágrima que á su pesar dejó correr por su mejilla.

El coche partió á poco con rápidez, dirigiéndose por el camino de Valencia.

Lisa y el aya, que acompañahan á la jóven, conocieron por la tierna despedida que tuvo con su madre, y por la animacion de su semblante, que su situacion habia cambiado. La dirigieron várias pre-

guntas con el deseo de aclarar sus dudas; mas Edelmira, embargada en sus pensamientos, nada contestó hasta que Lisa, asomando la cabeza por la ventanilla, vió el coche que las seguía, y la dijo al oído :

— ¡ Señorita, nos sigue don Cárlos !...

— ¿ Qué estás diciendo, bachillera? preguntó el aya amostazada porque no pudo escuchar las palabras de Lisa.

— La he preguntado á la señorita que si vamos al convento, contestó la traviesa doncella sin desconcertarse.

Edelmira se echó á reir y exclamó :

— Si me amáis, dad gracias á Dios, porque mi querida mamá, compadecida de mis lágrimas, ha revocado su sentencia, y ya no quiere encerrarme en las sombrías paredes de un claustro.

— Muy extraño es que solo por vuestras lágrimas haya cambiado de resolucion, dijo el aya.

— Y por los ruegos de mi querido padre, al que voy á conocer muy pronto, añadió Edelmira.

— ¡ Á vuestro padre ! ¡ Ah ! señorita, ¿ tantas novedades y nos las ocultabais? exclamó Lisa.

— Las he sabido ántes de salir.

— Tambien sabréis adónde vamos, pues nosotras caminamos á ciegas...

— ¿ Tampoco á vos, doña Crispina, os ha dicho nada mi mamá ?

— Únicamente que me preparase para acompañaros en vuestra residencia ; esta vez ha usado conmigo una reserva, que no dejo de resentirme.

—Pues yo he llegado á hacerme la ilusion de que vamos á visitar lejanos países, dijo la doncella.

— Te engañas, Lisa; el término de nuestro viaje está á diez leguas de aquí.

— ¿Tan cerca?

— Sí, habitaremos en adelante una hermosa quinta que ha comprado mi mamá en las orillas del Tajo; me ha dicho que es pintoresca y risueña; allí encontraré pájaros y flores; podré correr á mi alvedrío entre sus frondosas alamedas, escuchando el sonoro murmurió del rio, y sobre todo, el colmo de mi felicidad está en que me acompañará muchos dias mi querido padre...

— ¡Cuán feliz vais á ser!

— Mucho.

— ¿Y la señora princesa vendrá alguna vez?

— Por ahora no; pues tiene que hacer ántes un viaje al extranjero.

— ¿De modo que os deja completamente libre?

— Bajo la dependencia de mi papá.

— ¡Cuántos deseos tengo de conocerle! dijo el aya.

— Yo tambien, añadió Lisa.

— Vosotras lo deseáis por curiosidad, y yo por disfrutar esa inmensa dicha de recibir sobre mi frente sus paternales caricias.

Á todo esto y miéntras iban hablando, Lisa habia mirado repetidas veces á ver si el coche de Cárlos las seguía.

Edelmira, que procurba con el mayor cuidado que

no descubriese nada el aya, reprimió su impaciencia y no quiso asomarse.

Entre tanto Cárlos, muellemente reclinado en los almohadones de su cómodo carruaje, se entregaba á sus reflexiones.

¡ Cuántos sueños de ambicion! ¡ qué de tumultuosos pensamientos surcaron aquella frente sombría!...

Recordó su pasado, su orfandad, el abandono en que lo dejó una madre cruel; y no pudo ménos de exclamar con una irónica sonrisa :

— Yo ántes sin fortuna, pobre, miserable y sujeto al dominio de una mujer grosera que me ha sostenido con la idea de hacerme su esposo, me hallo en este momento rico, libre y en vísperas de ser un príncipe poderoso... ¡ Oh ! y lo seré; ¿ quién lo duda? Edelmira me ama; ya hallaremos ocasion de unirnos en el altar; despues de consumado el sacrificio, su orgullosa y aristócrata madre tendrá por fuerza que admitir como hijo al pobre expósito.

Ántes procuraré buscar á mis padres, yo debo ser de una familia ilustre. ¡ Oh ! no me queda duda; esta altivez de pensamientos, este imperioso deseo que me domina, de ser rico, noble y aristócrata, me dicen claramente que mi orígen es de los mas encumbrados.

Este orgullo que siento, deben mis padres habérmele trasmitido con su sangre : sí, sí, ¡ es un orgullo de raza!...

Me es indispensable buscarlos, saber sus nombres; y si no tienen un título, yo le compraré. ¡ Afortuna-

damente poseo cuatro millones!... ¡no es mucho!..... ¡pero ya se aumentarán!... Con talento y audacia todo se consigue.

¡Por de pronto no puedo, ni quiero presentarme en el mundo ni ante la princesa sin que á mi nombre acompañe un título aristocrático! seré marqués desde hoy, lo prometo.

¿Y qué título adoptaré? Tiene que ser fingido con visos de realidad, hasta tanto que me adquiera uno real y verdadero.

¡Reflexionemos!

¡Me llamaré!... ¡oh! ¿cómo me llamaré? ¡Mas ya lo sé!... ¡Soy el marqués de Selva-Verde!...

Ahora necesito meditar un medio para reunirme con ella y viajar juntos; ¿y cómo me compondré? Ya te tengo, dijo despues de un rato de meditacion y dándose una palmada en la frente. Magnífico plan: en la primera parada le pongo por obra... gracias al dinero de la Colasa, nada tengo que temer. ¡Y qué bien me han venido tantos brillantes! ¡qué hermosos! ¡tantas riquezas!...

Y no siento en verdad habérselas quitado; ¡ella al fin es una usurera infame!... y el que roba á otro ladron, etc.

Cárlos volvió á pensar en el plan que meditaba y que verán nuestros lectores en el capítulo siguiente.

—

CAPÍTULO X.

FRACASO.

Llegaron nuestros viajeros á la primera parada donde debian mudar tiro. Edelmira quiso pasear un rato, y al efecto bajó del carruaje, y tomando el brazo de Lisa echaron á andar por la carretera.

El aya se quedó medio dormida.

Eran las cuatro de la tarde, el sol estaba en todo su esplendor y un vientecillo agradable hacia ondular libremente los anchos trajes de las jóvenes que, con la mas franca alegría, se entregaban á su regocijo.

— Al fin podemos hablar, querida Lisa. ¡Ah! dime, díme pronto, ¿le has visto? ¿es verdad que nos sigue? No me he atrevido á mirar por miedo de que esa cócora de vieja descubra nuestro secreto.

— Á mí me pareció verle en aquel carruaje que acaba de pararse junto al nuestro; mirad.

— En efecto, él es. Sigamos andando, puede que venga y nos hable.

— ¿Y si no nos ha visto?

— Tienes razon. Esperemos un momento.

Las dos jóvenes se destuvieron. Lisa agitó como

distraida su pañuelo blanco, queriendo sin duda llamar la atencion de Cárlos; pero este, mas prudente que ellas, no creyó oportuno acercarse y siguió presenciando impasible la mudanza del tiro efectuada en ambos carruajes.

— ¡No nos hace caso! exclamó Edelmira, y nos ha visto porque ha mirado hácia aquí várias veces.

— Él se entenderá, dejadle.

—Está hablando con nuestro cochero; ¿qué le dirá?

— Dedid mas bien qué le habrá dado; porque un objeto he visto pasar de la mano de Cárlos á la suya.

—Alguna cosa medita; ¡cuánto daria por saberlo!

— ¡Ahora monta en su coche y ni un signo nos hace demostrando que nos ha conocido!... Ese disimulo me martiriza y no sé á qué conduce, si el aya no puede verle y es de la única que nos debemos guardar.

—Él no sabe si está en el carruaje la señora princesa.

—Quizá sea esa la pregunta que ha hecho al cochero.

Cárlos, que efectivamente habia montado, dió la órden de partir. Los caballos arrastraron el coche con violencia por el camino real.

—Ya viene; vamos andando, á ver si nos dice algo.

—El aya no deja de mirarnos, debemos tener mucho cuidado, señorita.

— Calla, ya está aquí.

Cárlos al pasar junto á las jóvenes, sacó la cabeza por la ventanilla y las dijo en un tono particular:

— ¡Adios: en breve viajaremos reunidos!...

— ¡Qué dice! murmuró Lisa.

— ¿Que nos reuniremos, y cómo? qué hará?

— Él lo sabrá cuando lo dice.

— ¡Oh Dios mio! ¡qué felicidad es ser amada de esa manera!... cuántos sacrificios por mí!..... ¡Abandona su casa y me sigue sin saber dónde vamos!... ¿Con qué pagaré yo tanto cariño?...

— Con el vuestro, señorita; con amarle siempre.

— Todo entero posee mi corazon.

— ¡Al coche, señorita, al coche!... gritó el cochero dirigiendo los caballos al sitio donde se hallaban.

Montaron ambas, y poco despues perdíanse á lo léjos entre el polvo del camino.

Cuando llegaron á la segunda parada, era cerca de anochecer. Tambien Edelmira quiso apearse, y entónces el aya, no pareciéndole bien dejarla sola, la siguió internándose las tres en una calle de árboles. No bien se alejaron cien pasos, cuando las alcanzó uno de los postillones.

— ¿Qué hay? le dijo el aya viéndole llegar tan agitado y presintiendo una desgracia.

— Que no podemos seguir el viaje, se ha roto una rueda del coche.

— ¡Qué fatalidad! ¿y no hay aquí quién la componga?

— No, señora; el pueblo mas inmediato dista dos leguas y es preciso ir allá á traer un carpintero.

— ¡Oh Dios mio! y miéntras tanto se hará de noche y nos encontraremos en un camino desconocido, donde no hay ni una casa que nos preste abrigo, dijo Edelmira, mas que con la idea del contratiempo, con la de perder de vista á Cárlos.

— Ciertamente, es una desgracia, repuso el criado, porque esa casucha, donde se muda tiro, solo tiene cuadras y grandes corrales.

— ¿Y qué haremos? exclamó el aya.

— ¡Volvamos á ver en qué estado se halla el coche! añadió Edelmira dirigiéndose allá.

— ¡Milagro será no sea esto una estratagema de don Cárlos! murmuró Lisa al oido de la atribulada jóven.

— ¿Qué dices, será posible? contestó á média voz y empezando á sospechar alguna cosa.

— Ya lo veremos.

Cuando se enteraron de que el carruaje estaba enteramente roto y no habia medio de continuar su viaje, se afligieron sobremanera; el aya mucho mas, pues era muy miedosa y veía acercarse la noche sin encontrar recursos de ninguna especie.

— ¿Qué haremos? preguntó á Edelmira.

— Como no sea montar en el primer carruaje que pase, no sé qué hacer.

— No es mala idea; por dinero ó por favor nos llevarán hasta el pueblo inmediato.

El lacayo regordete y rollizo entró en las caballerizas gritando con áspera voz:

— ¡El coche del señor marqués!

— ¿Ya se marcha el señor? preguntó un hombre desde adentro.

— ¡Sí, ya no quiere detenerse aquí! encuentra muy árido este país.

— Ántes de diez minutos estará pronto.

— ¡Bien! no le hagáis esperar, que tiene un genio como una pólvora.

— Habéis oido, doña Crispina, dijo Lisa al aya, un marqués tiene aquí su coche y va á partir ahora mismo : suplicadle que nos conceda un asiento. Aquí no podemos quedarnos esta noche. Dios sabe lo que nos sucederá.

— Tienes razon, contestó el aya participando del fingido temor de la doncella. Edelmira no la oyó; acababa de ver á Cárlos entre unos árboles y sospechó inmediatamente que el coche era el suyo, y que la causa de su detencion era tambien que se habria convenido con el cochero para romper la rueda y dejarlas á pié.

— Señorita, ¿queréis que vaya doña Crispina á ver si ese caballero nos permite ir en su carruaje? dijo Lisa.

— Sí, doña Crispina ; haced lo que gustéis, dijo la jóven cambiando con la doncella una mirada de inteligencia.

— Gracias á la Vírgen que nos envía este auxilio, dijo la solterona dirigiéndose hacia el lacayo.

— Don Cárlos ha cumplido su promesa, murmuró Lisa.

— Es una prueba mas que recibo de su amor, contestó Edelmira mirando con adoracion hácia el grupo de árboles entre los cuales se distinguía la gallarda presencia del mancebo.

— ¿Tenéis la bondad de decirme á quién pertenece este carruaje? dijo el aya al lacayo señalando á la elegante silla de posta que acababa de situarse en el camino real.

— Al señor marqués de Selva-Verde.

— ¿Y hácia dónde es el rumbo?

— Perdonad, señora mia; pues no tengo necesidad de dar explicaciones.

— No lo pregunto sin falta de misterio.

— Con misterio ó sin él, me niego á contestaros.

— Mi señora, la ilustre hija de la princesa de Florini, tiene que pedir un favor á vuestro amo.

— En ese caso, dirigios á él; allí está entre aquellos árboles de la derecha.

— Mil gracias, contestó la dueña marchando en aquella direccion.

Ya Cárlos esperaba la demanda; sin embargo, por disimular, recibió al aya con suma frialdad.

— ¿Sois el señor marqués de Selva-Verde? dijo doña Crispina con cierta desenvoltura que la daba su contínuo roce con la aristocracia.

Cárlos contestó afirmativamente con un signo lleno de majestad; luego preguntó:

— ¿En qué puedo complaceros?

— Vengo á haceros una peticion en nombre de mi señora, mas ántes deseamos saber la ruta que pensáis seguir.

— Decidme, ¿quién es vuestra señora?

— Soy aya de la señorita Edelmira Florini, hija única de la ilustre princesa de este nombre.

— ¿Y en que puedo servir á tan amable dama?

— Dignaos contestar á mi anterior pregunta y os lo diré.

— En verdad que me es algo embarazoso satisfa-

ceros, pues yo viajo por gusto, y voy buscando paisajes y pueblos pintorescos. Por lo tanto, si sabéis de alguno, indicádmele y aquel será por hoy mi derrotero.

— El pueblecito y la hermosa quinta adonde nos dirigimos, creo reune esas condiciones, está situado á la orilla del Tajo, y contábamos llegar á él esta misma noche; pero habiéndose roto una rueda á nuestro carruaje, nos vemos en la imposibilidad de continuar adelante. Este inesperado fracaso es el que me mueve á molestaros, rogándoos en nombre de mi señora os dignéis cedernos un asiento en vuestro coche.

— Tengo en ello sumo placer; decid á esa señorita que mi silla de posta está á su disposicion, y al mismo tiempo alcanzadme su permiso para saludarla y tener el honor de ponerme á sus órdenes.

— ¡Ah! señor, cuánto os lo agradecemos... contad con nuestro eterno reconocimiento...

El aya hubiera continuado en sus cumplidos si Cárlos, con un signo imperioso, no la hubiera dicho:

— Bien, señora, bien; dejaos de lisonjas, y haced presente á vuestra señora mi deseo, porque se hace tarde, y no podemos continuar aquí mucho tiempo.

Doña Crispina, loca de alegría y encantada de la galantería y amabilidad del jóven marqués, fué á comunicar el resultado de su entrevista á Edelmira y Lisa que la esperaban con impaciencia.

Poco despues, Cárlos, con la mas fina cortesanía, ofreció sus respetos á la princesa, y la daba la mano

para montar en el carruaje. Él se colocó á su lado, el aya y Lisa en el asiento de enfrente, felicitándose todos por la feliz casualidad que los reunia.

Cuando partieron de aquel punto, era completamente de noche.

Una auréola de dulce felicidad irradiaba en el semblante de Edelmira; conmovida por aquella prueba de un amor tan apasionado, no sabia cómo demostrar su cariño al hombre que así se conducia.

Cárlos, deseando disfrutar todo el tiempo posible la compañía de su amada, dió órden á su cochero para caminar bastante despacio.

El aya, repuesta del susto que la causó el fracaso de su carruaje, se durmió con tranquilidad.

Lisa sonreía con malicia y los amantes se miraban con extático arrobamiento.

La luna apareció entre blancas nubes iluminando el cuadro con sus resplandores.

CAPÍTULO XI.

DOBLEZ.

En tanto que Edelmira, feliz y satisfecha, continuaba su viaje acompañada de su gallardo y jóven amante, veamos lo que ocurria en el palacio del baron de Pereival.

Serian las dos de la tarde; Flora, segun su costumbre, acababa de abandonar el lecho.

Entró en su tocador seguida de su camarera favorita, que era de todas la única enterada en el secreto de su disfraz.

En pocos minutos estuvo peinada y vestida con el mayor esmero. Hizo entrar á Pereival y le dijo:

— ¿Qué os parece? ¿estoy bien disfrazada? ¿conocerán en mí á la princesa de Florini?

— ¡Qué disparate! aparentáis veinte años mas, y aunque no fuera por esta circunstancia, la estatura, el pelo y el color son enteramente diferentes.

— Y aparezco mucho mas gruesa, gracias á las entretelas de mi ampuloso traje.

— Podéis ir tranquila á todas partes, segura de que el mas inteligente no sospecha el engaño.

— Me alegro infinito. Ahora, amigo mio, tened la bondad de acompañarme, haremos unas cuantas visitas indispensables.

— Con mucho gusto. ¿Dónde pensáis ir?

— Hoy iremos solamente á casa de marqués de Pináres, y á la de la marquesa del Rio. Como amigas antiguas, debo ofrecerlas en persona nuestra casa, y quizá hayan guardado esa etiqueta, cuando no han correspondido á vuestra invitacion, dejando de asistir á la recepcion que dimos celebrando mi venida.

— Corriente; voy á vestirme, y al momento estaré á vuestras órdenes.

— Entre tanto concluiré de arreglar mi tocado.

Flora añadió á su magnífico traje de muaré y

encajes, una mantelela de terciopelo de exquisito gusto. Se puso un hermoso sombrero de crespon blanco con plumas y blondas, y tomando la sombrilla, los guantes y el pañuelo de batista ricamente bordado, salió al gabinete.

Pereival tenia al otro extremo su cuarto de vestir, y no tardó en reunirse con su cara esposa, aparentando vivir en la mas perfecta armonía, y como si nunca se hubieran separado.

La dió el brazo y bajaron la magnífica escalera de mármol.

La berlina los aguardaba.

— Carrera de San Jerónimo, palacio de Pináres, gritó Flora colocándose en su asiento.

Pereival ocupó el suyo y los caballos partieron con rapidez.

La marquesa se hallaba en un hermoso salon tapizado de raso color de cereza con flores blancas, cuando un criado anunció respetuosamente desde el dintel de la puerta :

— El baron y la baronesa de Pereival.

— ¡Dios mio! ¿esa mujer aquí? ¡qué audacia! exclamó la marquesa dirigiendo á Rogelio, que se hallaba á su lado, una mirada interrogativa.

— Como no hemos correspondido á su invitacion, vendrá á darnos quejas.

— ¿Y qué haremos?

— Que pase adelante, contestó el marques en alta voz dirigiéndose al criado que desapareció inmediatamente.

— Nunca he visto á esa mujer, Rogelio mio, y sin embargo me inspira una aversion profunda por los antecedentes que de ella tengo y lo que me persiguió en mi juventud.

El marques no pudo contestar; se lo impidió la presencia de los dos esposos, que aparecieron encorvándose como si los años doblegaran su cabeza, y con un aire de bondad y de dulzura indefinible.

La jóven y bella marquesa, que se habia imaginado en Flora una figura audaz, descarada y antipática, se quedó sorprendida al encontrar una señora anciana y casi venerable con sus cabellos blancos y su ademan lleno de grave dignidad.

No fué ménos la sorpresa de Rogelio, y con todo, mas diestro que su esposa en disimular sus impresiones, se adelantó á recibirlos; saludándose todos mutuamente con la mas exquisita galantería.

Tampoco Flora esperaba encontrar tan finas y atentas á unas personas que, en su concepto, debian odiarla, y desde luego atribuyó aquel recibimiento á pura diplomacia. Como su alma era tan mezquina, no podia comprender en nadie sentimientos nobles y elevados, por lo cual jamas reconoció, en la que ella siempre llamaba *Salvaje pastora* ni en su esposo, la generosidad y la abnegacion que les eran habituales.

— ¿No esperariais mi visita, no es verdad? dijo Flora despues de un rato.

— Os confesamos que nos ha sorprendido agradablemente, contestó el marques.

— ¡Oh! sí, añadió su esposa, ha sido por vuestra parte demasiada galantería; nosotros nos considerábamos satisfechos con la visita que el señor baron nos hizo ántes de vuestra venida, y despues el ofrecimiento de casa y la atenta invitacion que recibimos, nos hubieran hecho ir sin demora á felicitaros; pero nos lo ha impedido la enfermedad de Honorata.

— Á mí me ha parecido que la antigua amistad que unió á nuestra familia en mi juventud y las relaciones de parentesco que me ligan á esa amable y querida niña, eran motivo suficiente para deponer toda etiqueta, y en su consecuencia he venido á ofreceros mi amistad franca, leal y desinteresada.

— La aceptamos con placer, dijo la marquesa con cierta frialdad que no se escapó á la penetracion de la astuta baronesa, la cual prosiguió:

— No dejo do conocer que en el fondo de vuestros corazones se ocultará aun algun pequeño resentimiento, ó mas bien un recuerdo desagradable de la conducta que usé con vosotros ántes de mi casamiento. Sin embargo, hoy que conozco mi imprudencia y la ceguedad que me impulsó á obrar de aquel modo, os pido perdon confesando francamente mi culpa. Los años, los disgustos, y lo muchísimo que hemos sufrido en nuestro largo y penoso destierro, han operado en mi carácter y en mis costumbres un cambio completo. Hoy al recordar las faltas de mi juventud, me avergüenzo y os ruego no veáis en mí la Flora de aquellos dias, jóven, orgullosa y altiva; sino á la pobre desterrada que vuelve á su patria

ansiosa de emociones, de cariño, y con el vivísimo anhelo de reconciliarse con sus antiguos amigos y de encontrar en los brazos de sus cercanos parientes el consuelo y la paz del alma tan necesaria para el que, cual yo, le restan pocos dias de vida.

La artificiosa Flora tan diestra en disfrazar sus sentimientos, aparentando toda clase de emociones, tuvo tambien una lágrima con que hacer mas patético el cuadro.

Poseía con la mayor perfeccion el arte de ocultar sus defectos, y de que apareciese en su rostro vivamente reflejado el sentimiento que la convenia fingir, interesando en su favor el ánimo de los que la escuchaban.

Es verdad que no podia sostenerse mucho tiempo en este papel, porque su genio arrebatado, impetuoso y colérico, la descubria á lo mejor; y tratando con intimidad algun tiempo, llegaba á inspirar cierta instintiva antipatía cuya causa no era fácil conocer inmediatamente.

La marquesa, que tan prevenida estaba contra ella, quedó encantada con aquel rasgo de franca humildad; olvidó todo lo pasado creyendo sincero y leal su arrepentimiento, y dejándose llevar de un impulso generoso, la alargó la mano con efusion, dándola toda clase de seguridades y de inequívocas pruebas de amistad y simpatía.

El marqués, aunque no fué tan espontáneo, se apresuró sin embargo á unir con las de su esposa sus protestas de sincera correspondencia.

Hablaron largo rato de la familia, de su expatriacion durante tantos años, y por último, como Flora insistiese en ver á Honorata y á la madre de Rogelio, este se opuso no pareciéndole conveniente presentarles una visita para ellas tan extraña como sorprendente hasta consultar su voluntad, pretextando que la delicada salud de ambas impedia que en aquel momento satisficiese su deseo.

— Entónces, amigo mio, dijo Flora, accediendo, aunque no satisfecha con la excusa, hacedme el obsequio de prevenirlas esta tarde; yo á la noche volveré como en familia. Si Honorata sigue mal, reclamaré mi puesto de enfermera, que me corresponde como parienta mas inmediata, y rogaré á doña Juana me conceda una pequeña parte de aquel dulce cariño que me profesó en otro tiempo.

— Corriente, consultaremos al médico, y á la noche, si continúan mas despejadas, las veréis.

— En esa confianza me despido, dijo Flora levantándose.

— ¿Tan pronto os vais? exclamó la marquesa.

— Muy grata es para mí vuestra amable compañía, y desde luego las horas me parecen minutos á vuestro lado, empero, tengo que resignarme á perder esta dicha, porque otras visitas perentorias me llaman léjos de aqui.

La medida del fingimiento se hallaba en su colmo, y si tan pronto no se aleja de aquella casa, hubiera dejado traslucir alguna chispa del odio que fermentaba en su corazon.

— ¡Qué feliz! ¡qué orgullosa vive la salvaje pastora al lado de su esposo!... murmuró entre dientes cuando montó en su coche, dando órden de dirigirse á la plazuela del Progreso.

— ¡Qué amables han estado! dijo Percival.

Flora no le oía, solo escuchaba la voz de su cólera, de su orgullo, ó diremos mas bien de su envidia...

En su rostro apareció súbitamente la cínica expresion de sus repugnantes pensamientos.

Heraclio la miró y tuvo miedo.

— ¡Esta mujer es una hiena! dijo para sí replegándose al fondo del carruaje.

Ella continuó murmurando un confusas palabras que no pudo comprender Percival.

— ¡Yo debí casarme con Rogelio y disfrutar á su lado, ademas de su título y sus riquezas, la felicidad de los ángeles, porque ser amada por él es el colmo de la dicha!... Pero ella, esa campesina, se interpuso para arrebatarme su amor, obligándome á casarme con el ente despreciable que llevo cerca de mí!... ¡Oh! ¿y he de perdonarle tantos tormentos como he sufrido?... ¡Nunca! ¡odio implacable!... Los perseguiré sin tregua hasta hundirlos en el abismo de la desgracia. Á ella, por haberme arrebatado su cariño, á él por los desprecios que me hizo en otro tiempo, á Honorata por que disfruta el ilustre título de mis antepasados, y á todos por los nueve meses de miseria y humillaciones que pasé en aquella infecta buhardilla.

Pereival ahogó la voz de su terror, y mirándola con asombro, no se atrevió á decirla ni una palabra. Estaba sujeto á su destino, no solo por el lazo que estrecharon ante el altar, sino por su precaria situacion, y porque á su lado aparecia con el fausto y la ostentacion de un grande de España, y separándose era un criminal perseguido por la justicia.

Su mala suerte le hizo ser el instrumento de aquella mujer en várias épocas de su vida, y ya tenia que morir del mismo modo y bajo su odiosa dependencia.

La odiaba y la temia.

Esto último en mas alto grado, por eso no tuvo fuerzas para oponerse á la visita que iban á hacer á la marquesa del Rio, sin embargo de que presentia una catástrofe si la casualidad le presentaba delante á la infeliz viuda de Enrique Simon.

Cuando el coche paró ante el palacio de la del Rio, el infeliz tembló como un azogado.

Con el rostro descompuesto, y pálido como la muerte, entró en un salon elegantísimo donde la anciana marquesa del Rio, llena de amabilidad, se adelantó á recibirlos.

Al hallarla completamente sola, respiró con mas libertad.

CAPÍTULO XII.

ENCUENTRO.

La marquesa del Rio no tenia un motivo grave para querer mal á Flora, si bien es verdad que en su juventud hizo pasar crueles desengaños al infeliz y demasiado bondadoso Enrique Simon; habia trascurrido tanto tiempo, y era el corazon de la marquesa tan bueno y tan generoso, que no se acordaba de la ofensa. Siempre dispuesta á la indulgencia y al perdon, recibió á los dos esposos con la bellísima amabilidad que la caracterizaba, felicitándolos por su regreso á España y alegrándose infinito de reanudar con ellos sus buenas relaciones de amistad.

— Debéis haber sufrido mucho en vuestro destierro, dijo la marquesa á Flora despues de haber girado la conversacion sobre diversos asuntos.

— ¿Por qué lo decís? mi querida marquesa.

— Porque os hallo demasiado anciana; aparentáis mas años de los que realmente debéis tener.

Flora murmuró para sí.

— ¿Sospechará el engaño?

Luego en voz alta añadió:

— En el ardiente clima de América se envejece

muy pronto, y he pasado allí cerca de catorce años sufriendo todos los tormentos de una expatriacion y deseando siempre volver á respirar las auras de mi querida patria. Este deseo incesante, este eterno clamor de mi alma, ha hecho encanecer mi cabello, y ha trasformado mi carácter, mis sentimientos y hasta mis costumbres, de una manera tal, que si ahora me tratáis con intimidad, como en otro tiempo, os asombrará la trasformacion.

—Sí lo creo; es muy duro encontrarse en país extraño sin pisar el hermoso suelo que nos vió nacer. Yo tambien pasé muchos años en Paris por el capricho de mi esposo, y vivia siempre disgustada, suspirando continuamente por mi delicioso Madrid. Luego, la horrible desgracia acaecida á mi querido hermano Simon y la muerte de mi esposo apresuraron mi regreso á la corte, y no he vuelto á salir de ella, ni lo deseo.

Si en el momento en que la marquesa dijo estas palabras hubiera fijado la vista en Pereival, viéndole pálido, con el rostro descompuesto y las miradas extraviadas, con el espanto y el remordimiento pintados en sus facciones, no hubiera podido ménos de exclamar: «Hé aquí el culpable.»

Afortunadamente ninguna de las dos señoras le miró, y continuaron engolfadas en su conversacion, sin comprender ni adivinar siquiera los tormentos del culpable Heraclio.

Otro incidente la distrajo por completo, llevando la conferencia á otro terreno, en el que Pereival

ahogando la voz de sus terribles recuerdos no tuvo mas remedio que tomar parte.

Un criado anunció desde la puerta.

— El señor conde de Cinkar.

Esta vez le tocó á Flora extremecerse bajo su doble máscara; empero se repuso muy pronto creyéndose con su disfraz y su nuevo nombre enteramente á cubierto.

— Que pase adelante, habia contestado la marquesa, y poco despues se presentó el noble italiano, pálido, grave y familiarmente apoyado en el brazo de su fiel Ruderico.

Cambiados los primeros saludos, hizo la marquesa la debida presentacion de unos y otros en esta forma:

— Tengo el gusto, mi querido conde, de presentaros mis antiguos amigos el baron y la baronesa de Pereival, recien venidos de América.

El conde se inclinó murmurando un cumplido.

La marquesa siguió diciendo dirigiéndose á Flora:

— El señor conde de Cinkar, del cual habréis oido estos dias una notable aventura, que está llamando la atencion en todos los círculos aristocráticos.

— ¿Referente á esa fingida princesa, no es verdad? dijo Flora sosteniendo con audacia la mirada que el conde tenia clavada en su rostro y dando á su voz cierta inflexion de dulzura y melodía que formaba contraste con el tono seco y duro que la era habitual en sus momentos de cólera.

— Ciertamente. ¿La habéis conocido? preguntó la marquesa.